EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

# MÁS ALLÁ

# DE LO DIGNO

## DRAMA EN TRES ACTOS

ORIGINAL Y EN VERSO

de

S. GOMILA

PRECIO: 2 PESETAS

MADRID

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR,

(SUCESOR DE A. GULLÓN)

Pez, 40.-Oficinas: Pozas, 2, 2.º

*1890.*

# MÁS ALLÁ DE LO DIGNO

# MÁS ALLÁ

# DE LO DIGNO

## DRAMA EN TRES ACTOS

ORIGINAL Y EN VERSO

de

S. GOMILA

*Representado*
*por primera vez en el Teatro de Novedades de Barcelona,*
*la noche del 27 de Enero de 1890.*

BARCELONA

*Tipografía HISPANO-AMERICANA,*
Calle de Montserrat, 3.
*1890.*

# REPARTO

| *Personajes.* | | *Actores.* |
|---|---|---|
| PURA. . . . . | 32 años. | Sra. D.ª Pilar Clemente. |
| LUISA.. . . . | 14 » | Sta. D.ª Adelina Sala. |
| D.ª MERCEDES. | 55 » | Sra. D.ª Luisa Maiquez. |
| JUAN. . . . . | 35 » | Sr. D. Antonio Tutau. |
| RICARDO. . . | 32 » | » » Federico Garcia Parreño. |
| D. ANTONIO. . | 60 » | Sr. D. Miguel Pigrau. |
| D. LORENZO. . | 38 » | » » Juan Oliva. |
| EDUARDO. . . | 22 » | » » Enrique Guitart. |
| TESTIGO 1.º. | | » » J. Tubau. |
| » 2.º. | | » » Juan Soler. |
| UN CRIADO. | | » » Eduardo Blanca. |
| OTRO » | | » » N. Boneu. |

La acción en Madrid. Epoca moderna.

Derecha é izquierda la del actor.

Los versos marcados con un asterisco pueden suprimirse en la representación.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá sin su permiso, reimprimirla, ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de la galeria EL TEATRO, de don Florencio Fiscowich son los exclusivamente encargados de conceder ó negar permisos de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Archivo Teatral
MILLÁ
San Pablo 21-BARCELONA

# ACTO PRIMERO

Sala elegante, con puertas al foro y laterales. A la izquierda un sofá y butacas. A la derecha en primer término, un velador con recado de escribir y en último término una consola. Otros muebles apropiados.

Al levantarse el telón estarán, Luisa escribiendo, y Pura envolviendo en un papel una cartera de bolsillo que mirará cuidadosamente y con aires de satisfacción.

Es de día. Las diez de la mañana.

## ESCENA PRIMERA

LUISA y PURA

PURA. A Dios gracias, terminé.
(A Luisa). ¿Le escribes por fin á Eduardo?
LUISA. Si, le digo que le aguardo;
y si tarda mucho...
PURA. (Sonriendo). Qué?
LUISA. Nada, que voy á enojarme
de veras. ¡Vaya una prisa!
PURA. No tengas mal genio, Luisa.
LUISA. Sabe que ha de disgustarme
su poca formalidad.
Ayer dijo que á las diez,
y son las once. ¡Pardiez!
valiente puntualidad
PURA. Tendrá que hacer...
LUISA. No señora.
Hoy es fiesta...
PURA. Nerviosilla!
LUISA. Si tarda...
PURA. ¿Qué harás, loquilla?
LUISA. Que no finja, si no adora.
PURA. No mandes la carta...
LUISA. (Se dispone á hacerlo). Sí.
PURA. Pero.. ¿porqué ese cuidado?
Tal vez mandes tú el recado
y el no esté en su casa...
LUISA. Así
lo sabremos.
PURA. Haya paz.
LUISA. Busco guerra?
PURA. Tal no digo.
LUISA. Es que quiero que conmigo

no sea tan montaráz.
* Tres meses ausente, y cuando
* está en Madrid, ya lo ves.

PURA. * Estará ocupado.

LUISA. * Eso es;
* y nosotras aguardando.
Vas á ver: una lección
siempre es cosa conveniente.

PURA. No se debe vanamente
jugar con el corazón.

LUISA. Yo no juego mamá, es él.

PURA. No...

LUISA. ¿Sales tú en su defensa?

PURA. Tan grave, Luisa, es la ofensa?

LUISA. Temo... que me sea infiel.

PURA. Inocente! Ese temor
prueba bien lo que le quieres.
Siempre para las mujeres
fué un tiranuelo el amor.
Deja infundados recelos
hija mia encantadora.
Que Eduardo tarde una hora
no justifica los celos...
(Viéndola dispuesta á llevar la carta).
Pero, vas?...

LUISA. Claro que voy
á mandársela.

PURA. Haces mal.

LUISA. No; que aprenda á ser formal,
si quiere, que yo lo soy.
(Vase por el foro al tiempo que aparece Juan y la detiene un momento en la puerta.)

JUAN. ¿A dónde vas tan deprisa?

LUISA. Déjame: á mandar al criado...

JUAN. (Viéndosela) ¿Una carta?

LUISA. Sí, un recado.
(Sale con decisión).

## ESCENA II

PURA y JUAN

JUAN. (Adelantándose.) Pura..... ¿Qué le pasa á [Luisa?

PURA. Nada, juvenil ardor
y recelo y desvarío...
Nimiedades... ¡Ah, Dios mío,
qué tirano es el amor!

JUAN. ¿Hay regaño tal vez?

PURA. No.
Hay temor únicamente
de que Eduardo...

JUAN. (Comprendiendo.) Sí, corriente;
lo que presumia yo.

PURA. Pobre chico...

JUAN. Ya lo creo!

PURA. Ayer prometió venir

temprano para salir
con nosotras á paseo;
y como la niña aguarda
impaciente...

JUAN. Comprendido.
Un *cassus-belli*.

PURA. Ha querido
reñir con él porque tarda.

JUAN. Propio de almas candorosas
cegadas por el amor.
¡Pronto se encarga el dolor
de acabar con esas cosas!
(Fijándose en Pura.)
¿Lloras?... ¿Otra vez enojos?...

PURA. No...

JUAN. (Contrariado.) Me alegro. ¡Qué rareza!
(Breve pausa.)

PURA. ¿Estás triste?

JUAN. La tristeza
de ver el llanto en tus ojos.
Esas lágrimas...

PURA. No... nada!
El placer provoca el llanto...
Toma! (Dándole una cajita con la cartera que ha envuelto antes.)

JUAN. ¿Qué es eso?

PURA. Tu santo...
Un obsequio...

JUAN. (Descubriendo la cartera.) ¡Qué monada!

PURA. La he bordado para ti.

JUAN. Alma mía!

PURA. Estás contento?...

JUAN. (Amorosamente.) Pura!..... No sé lo que siento...

PURA. Te gusta?

JUAN. Es precioso, sí.
¡Qué pulcritud!... Me confundo!...
¡Una artista!

PURA. Adulador!

JUAN. Con ser tuyo es ya mejor
Que lo más rico del mundo.

PURA. Ah!... tu cariño exagera.

JUAN. Nada de eso, esposa mía.
Lo contrario te diría
si lo contrario sintiera.

PURA. Mera discreción!...

JUAN. ¿A mí
que soy todo al revés de eso,
y que casi pierdo el seso
cuando estoy cerca de tí?
(Sonriendo) ¿Tratarme á mí de discreto?...
¡Aplomo se necesita!
Bien que lo dice Purita,
ella sabrá con qué objeto.
¡Si yo soy todo arrebato,
todo ardor y desvarío!...
Verdad, Pura?...

PURA. (Conmovida.) No, Juan mio!
JUAN. Nuevas lágrimas?... No trato
de causarte sinsabores.
Ya se enciende tu pupila,
y quiero que estés tranquila
y te prohibo que llores.
No merezco ni el desdén
ni la pena que me dás.
¿Cuándo, cuándo dejarás
de ser loquilla, mi bien?
PURA. ¡Juan!
JUAN. Contrasentido extraño
que nunca pude entender.
Cuanto más procuro ser
cariñoso, más el daño
parece que te exaspera.
¿Tu alma al gozo se resiste?
Pues, no quiero que estés triste;
no, de ninguna manera.
Si te causo enojos... soy
condescendiente... Ya sabes...
Lloras, y quiero que acabes
de llorar... (Se dispone á salir.)
PURA. (Deteniéndole) Oh!... Juan!...
JUAN. Me voy.
PURA. ¡No, por Dios!
JUAN. ¿Sigues llorando?
Lo dije: te mortifico...
PURA. Ven acá... te lo suplico!
JUAN. ¡Adios!
PURA. ¡Ven!
JUAN. ¡No!
PURA. (Amorosamente cogiéndole de la mano.) Te lo
[mando.
JUAN. (Sonriendo.) Ya obedezco. ¿Qué más quie-
[res.
Soy tu esclavo, no tu dueño.
Pero... no frunzas el ceño.
PURA. ¡Cuán bueno, cuán bueno eres!
JUAN. Eterna tu desazón
ha de ser, Pura?
PURA. ¡Ay de mí!
Dios sabe si te amo á tí
con todo mi corazón.
JUAN. Ya de América nos fuimos
para evitarte tortura;
y crece tu desventura
desde que á España vinimos.
Como yo, en tu patria estás;
ningún temor nos asalta...
¿Qué te apura?... ¿qué te falta?...
Habla, dime y lo tendrás.
¡Ponte alegre!
PURA. (Esforzándose en sonreir.) ¡Sí!...
JUAN. Eso mismo.
Y acabe la malquerencia.
Hazlo así por conveniencia,

y si no, por egoismo.
Hoy tendremos invitados,
hoy es día de placer;
y no es agradable ver
ojos tan lindos velados
por la sombra de un pesar
que no tiene explicación
posible. Sin ton ni son,
¿para qué y por qué llorar?

PURA. Es cierto... sí.

JUAN. ¡Fuera agravios,
si los hay, ó fuera abrojos.
Luz, mucha luz en tus ojos;
y mucho gozo en tus labios.
Yo tengo para mi mal
defectos... Mas, ¡qué le haremos!...
casi todos los tenemos.
Soy rudo, pero formal.
Malo seré, mas no tanto
que lo sea para tí,
pues siempre y en todo fuí
ni muy diablo ni muy santo.
Pródigo en exceso, doy
todo cuanto deba dar.
No lo puedo remediar:
¡así pienso y así soy!
Si cometo tonterías,
perdónamelo, mujer...
Una voy á cometer
ahora mismo... (La coje una mano para besarla cuando aparecen doña Mercedes y Luisa por el foro.)

## ESCENA III

LOS MISMOS, D.ª MERCEDES y LUISA

D.ª MER. Buenos días.
Parece que hay buen humor.

JUAN. Regular. Y usted?

D.ª MER. Pasando...

JUAN. ¿Pasando qué: la maroma?

D.ª MER. Un calor que nos asamos.

PURA. Siéntese usted, tia.

D.ª MER. Gracias.

JUAN. Y mi tio?

D.ª MER. Atareado
con sus negocios, el tiempo
no le sobra. Sin embargo,
no creo que tarde mucho.

PURA. Ya sabe que le aguardamos...

D.ª MER. (A Pura en voz baja.) Oye: ¿qué tiene la niña?

PURA. Amores. No haga usted caso.
Tarda el novio...

D.ª MER. Comprendido.

LUISA. (Impaciente.) Mamá: ¿quieres que salgamos nosotras?

PURA. Solas?
LUISA. Sí, solas
las tres.
PURA. Y si viene Eduardo?
Además... Ahora acaba
de venir... No ha descansado... (Por doña
Mercedes.)
Verdad, tia?
D.ª MER. Si queréis
salir, no importa. Los años
no me rinden con ser muchos.
JUAN. (A Luisa.) Quieres ir? Yo te acompaño.
LUISA. Contigo?
JUAN. Toma! ¿Te admira?
Qué tendrá de extraordinario?
¿Será la primera vez,
picarona, que salgamos
juntos?
D.ª MER. Claro, ¿quién mejor
que él ó tu madre?
LUISA. (Después de un momento de vacilación.) No
salgo.
JUAN. Si lo dije!... Esos amores
son temibles.
LUISA. (Molestada.) No hables...
JUAN. (Señalando punto en boca.) No hablo.
PURA (A D.ª Mercedes.) ¿Quiere tomar un re-
fresco?
LUISA. Me voy á tocar el piano...
JUAN. Música? justo, la música
para el pesar es un bálsamo...
LUISA. Siempre burlón!
JUAN. Siempre niña.
LUISA. No me pesa. ¡Catorce años!
JUAN. Con el ardor de los trópicos.
LUISA. Y tú la frialdad del mármol.
JUAN. (Sonriendo.) ¡Americana!
LUISA. ¡Español!
(Vase Luisa por la izquierda.)
JUAN. ¡Qué me gustan sus enfados!

## ESCENA IV.

PURA, D.ª MERCEDES y JUAN.

JUAN. Nerviosa como ella sola;
atolondrada y quimérica.
D.ª MER. Aunque nacida en América
tiene la sangre española.
Lo era su padre, verdad?
PURA. (Esquivando la respuesta.) Mucho ardor y
mucho empuje.
JUAN. El océano que ruje
con hermosa majestad.
Pero ese mar donde el alma
vive, se agita y alienta,
tiene, tras cada tormenta,

plácidas horas de calma.
D.ª MER. La juventud...
PURA. Niñerías.
JUAN. Con la boda eso se cura.
D.ª MER. Y cuándo es la boda, Pura?
PURA. Es cuestión de muchos días.
¡Si es tan niña!
D.ª MER. Catorce años?
PURA. Apenas...
D.ª MER. Creo también
que hay que pensarlo muy bién.
¡Se ven tantos desengaños!
PURA. Es un chico muy honrado
Eduardo.
D.ª MER. Así me parece.
PURA. Y crea usted que merece
ser querido y admirado.
A sus años capitán
de un buque...
D.ª MER. Mala carrera!
A mí el mar me desespera.
PURA. No es tan fiero... ¿Verdad, Juan?
JUAN. Para mí, el gran elemento.
Agua y cielo, ¡qué belleza!
No hay nada cual la grandeza
del mar y del firmamento.
D.ª MER. Aquél que esté acostumbrado
bien que su grandeza afirme.
Yo... estoy bien en tierra firme.
Además, para un casado...
el tener que navegar...
dejar á su esposa aquí...
JUAN. Puede llevársela...
D.ª MER. Sí;
y exponerla á naufragar.
No lo estimo procedente.
JUAN. Sólo el débil se atortola
al empuje de una ola.
Y Eduardo, tía, es valiente.
PURA. Bien lo tiene acreditado.
D.ª MER. Ya mi esposo me contó
de un naufragio... Qué sé yo!...
de un señor que fué salvado
por ese joven... ¿Qué fué?
PURA. (Con satisfacción.) Pues, un acto de valor.
Por lo visto, ese señor
á quien se refiere usté
estuvo á punto de ahogarse...
JUAN. Si, en un temporal deshecho
se hundió un buque y hubo un pecho
que supo sacrificarse...
D.ª MER. Hace tiempo?
PURA. Pocos días.
Viniendo á España.
D.ª MER. (A Juan.) Ya ves
si el mar es gran cosa, si es
tan bello como decías.

PURA. Puede el peligro evitar
una vez esté casado...
Si á Luisa le da cuidado,
se deja de navegar.
D.ª MER. Y ella le ama?
PURA. Con pasión.
D.ª MER. Y él la quiere?
JUAN. Ya ha probado
con el hecho mencionado
que es hombre de corazón.
Se arrojó al mar con presteza,
nadó mucho, luchó fuerte,
y así libró de la muerte
á un hombre.
D.ª MER. Linda proeza!
Casi fué temeridad;
una imprudencia que pudo
costarle caro.
JUAN. No dudo
que fué exponerse, en verdad...
D.ª MER. ¿Tenía más que ordenarlo
á sus tripulantes...?
JUAN. Sí.
pero es que todo acto así
se realiza sin pensarlo.
Existiendo abnegación,
al hacer cualquier proeza
no funciona la cabeza:
¡se despeña el corazón!
El que es bueno y esforzado,
ve desdicha y allá vá.
Nunca jamás medirá
el peligro, no hay cuidado.
Alguien se hunde?... Pues, al verlo,
¿quién ha de ir en su defensa?
El primero que lo piensa.
¿Mandar que lo hagan? ¡No! Hacerlo.
D.ª MER. ¡Justo! Para exagerar
te pintas solo, á fe mía.
JUAN. No siendo así, no tendría
nada de particular.
D.ª MER. Exponerse...
JUAN. El heroismo
en peligros no repara.
Si en tal caso me encontrara
creo haría yo lo mismo.
D.ª MER. A tí siempre te gustó
el arranque, el desenfreno.
JUAN. Vehemente, sí. Pero bueno.
Loco y digno. Así soy yo.
D.ª MER. Algo loco. Gran verdad,
aunque lo hayas dicho en broma.
Ligero de cascos...
JUAN. ¡Toma!
yo gasto sinceridad.
D.ª MER. ¡Modernista sentencioso;
filósofo hasta morir!

(A Pura.) A fé que me hace reir
sin tener ganas tu esposo.

JUAN. Pues ríase mucho, tía,
que yo la risa prefiero.
Su tristeza, considero
que dolor me causaría.

D.ª MER. ¡Buena alhaja!

PURA. (Sonriendo.) Regular.

D.ª MER. En su misma juventud...

JUAN. (Ap.) Dios no le dió la virtud
de saber disimular.

D.ª MER. (A Juan.) ¿Rezas?

JUAN. Sí, el Ave-María
mientras se explayan las dos.
Y rezo para que Dios
le conserve la alegría.

D.ª MER. Pues sigue así tan cristiano.
¡Reza, reza! (Ap.) Me dá risa.

PURA. Venga usted. Haré que Luisa
nos dé una sesión de piano.
Toca bien.

D.ª MER. Me gusta, sí.
No te muevas, iré yo.
No te molestes...

PURA. No, no.

D.ª MER. (Por Juan.) ¿Dejas á éste solo aquí?

JUAN. No le hace. Puedo esperar.
Además, pronto me voy...

D.ª MER. ¿Ya no rezas?

JUAN. Ahora estoy
á punto de terminar.

(Vanse las dos por la izquierda.)

## ESCENA V

JUAN. Luego PURA

JUAN. Pues señor, buen temporal!
(Al entrar nuevamente Pura, quedan mirándose fijamente y Juan se echa á reir.)
¡Ja, ja!... ¿Se ha enfadado?

PURA. Sí.

JUAN. Lo siento mucho... por tí.

PURA. No hago caso.

JUAN. Menos mal
que vendrá mi tio.....

PURA. Pero...
debieras disimular.

JUAN. ¿Por qué?

PURA. ¿Qué vas á ganar
con tu genio?

JUAN. Les tolero
ciertas cosas, porque son
familia... Yo siempre he sido,
aunque malo, agradecido.
Pues me dieron protección,
algo se ha de agradecer,

y no lo puedo olvidar
ni se lo debo negar
cumpliendo con mi deber.

PURA. Al fin son buenos...

JUAN. Es fijo.
En mi infancia me acogieron
y en verdad que me quisieron
casi, casi como á un hijo.
Anduve, iluso, en cuestiones
y fuí ligero, obcecado.
Obrando disparatado
les dí algunas desazones
y trastornos y demás
propio de la juventud.
Pero yo la ingratitud
no la conocí jamás.
Muertos mis padres, quedé
á su amparo. Joven era;
quisieron darme carrera...
y yo los libros tiré.
Administró mi caudal
el tio con bonradez;
jugué á la baja una vez
y perdí mi capital.
Al hecho importancia dí,
y obrando con ligereza
se me puso en la cabeza
el irme á América, y fuí.

PURA. (Cariñosamente.) En verdad que malo has sido.

JUAN. Mi tío se iba á enfadar,
creí mejor escapar...
y me embarqué decidido.
Fuerte el brazo, el pecho fuerte,
con algún conocimiento,
para ganarme el sustento
corriendo en pos de la muerte
jamás temeroso anduve.
A Buenos Aires llegué,
y sabes lo que pasé
en doce años que allí estuve.

PURA. ¿Te pesa haberlos pasado?

JUAN. No por cierto, porque voy
pensando que lo que soy
allí y no aquí lo he ganado.
Agradezco de este modo
el cariño y la largueza;
pues tu amor y mi riqueza
lo debo á tus padres todo.

PURA. No lo mientes.

JUAN. ¿Por qué no?

PURA. Me das pena.

JUAN. Tontería!
Anda, sonríe, alma mía,
como te sonrío yo.

## ESCENA VI

LOS MISMOS y EDUARDO. (Por el foro.)

EDUAR. (Saludando.) Felices.
PURA. Eduardo!
EDUAR. Y Luísa?
JUAN. Enojada de tal modo
que va á perderla del todo.
(Viéndole sonreir.)
No, pues no es cosa de risa.
Va usté á ver.
PURA. ¿Cómo ha tardado
usted tanto?
EDUAR. Lo lamento...
Mi falta de cumplimiento
á la niña habrá extrañado.
PURA. Justamente.
JUAN. Y con razón.
EDUAR. Tengo excusa...
PURA. No valdrá.
EDUAR. Al fin se convencerá...
Yo la pediré perdón..
Verdad es que prometí
venir pronto; pero tuve
visitas, y me entretuve...
PURA. No se lo cuente usté así
á Luisa, pues va á pensar...
qué sé yo! Tan celosita!...
Si le habla de una visita...
EDUAR. Nada de particular
al decírselo hallaría.
Vino don Lorenzo Armesto,
y me entretuve por esto...
Al fin la culpa no es mía.
JUAN. ¿Don Lorenzo, ese señor
a quien usté?...
EDUAR. (Comprendiendo.) Sí.
JUAN. Pues, claro...
EDUAR. Me aprecia mucho.
JUAN. No es raro,
siendo usted su salvador...
EDUAR. ¡Bagatela! Asaz vulgar
es el hecho á mi entender.
El que cumple su deber,
¿qué hace de particular?
JUAN. Fué usté un valiente.
PURA. Verdad.
EDUAR. No señor, no hay tal valiente,
pues cumplí sencillamente
un deber de humanidad.
En cambio, ese buen señor,
—que exagera como ustedes,—
colmándome de mercedes
se erige en mi protector.
En Cádiz desembarcó,

abrazóme conmovido;
juró venir y ha cumplido
lo que en Cádiz prometió.
Por cierto que... Tal vez fuí
indiscreto. Yo no sé
si hice mal. Mas, le invité
hoy mismo á venir aquí...

JUAN. Hizo usted bien. Tanto honor
deberemos...

PURA. Natural.

EDUAR. Mil perdones si hice mal.

JUAN. ¿Qué hizo usted mal? No señor,
al contrario.

PURA. ¿Vendrá, pues?

EDUAR. Sí, señora. Así lo espero.
Es todo un gran caballero.

JUAN. (Disponiéndose á salir.) Bravo, bravo. Hasta
[después.

PURA. ¿Vas á salir?

JUAN. Volveré...
Si no quieres... (Con cariño.)

PURA. Puedes ir.

JUAN Mi tío tarda en venir
y así me le llevaré.

PURA. Ven pronto.

JUAN. Precisamente
por eso voy, vida mía.
De fijo que tardaría,
y así... (A Eduardo con afabilidad.)
¡Un abrazo, valiente!
Adios. (Vase por el foro.)

## ESCENA VII

PURA y EDUARDO

EDUAR. Pero... y Luisa?

PURA. (Señalando á la izquierda.) Allí.
Tiene... visitas.

EDUAR. ¿Visitas?

PURA. Como usted...

EDUAR. Pero...

PURA. No tema.
Son visitas de familia.
Usted nos hizo aguardar...
Bueno es que espere.

EDUAR. (Disponiéndose á llamar.) Permita...

PURA. Se impacienta?

EDUAR. Sí, señora.

PURA. Aguarde.

EDUAR. Llamo?

PURA. (Deteniéndole.) No!

EDUAR. (Acercándose á la puerta.) ¡Luisa!

PURA. No!

EDUAR. (Suplicante.) Mamá! (Permita usted
que la dé este nombre.) Diga:
¿tiene algo Luisa?... ¿Qué ocurre?

PURA. Espere usted. Prevenirla
será mejor. Se ha enfadado,
y como es tan nerviosilla...
Mucho tacto y mucha calma.
(Váse por la izquierda y viene á poco con Luisa y doña Mercedes.)

EDUAR. Oh, sí... Vuelva usté enseguida.

## ESCENA VIII

EDUARDO, LUISA, PURA y D.ª MERCEDES

(Las dos últimas quedan en segundo término hablando y observando á los novios).

LUISA. (Viendo á Eduardo.) Ah!...
EDUAR. ¡Luisa!
LUISA. (Aparentando gravedad.) Ha venido usté pronto.
EDUAR. Perdón. He tardado...
LUISA. Habrá estado usté ocupado seguramente...
EDUAR. Sí, á fe.
Me entretuvo...
LUISA. (Con reticencia.) Algún amigo?
EDUAR. (Ingénuamente.) Sí.
LUISA. Es natural.
D.ª MER. (En voz baja á Pura.) Le ama mucho.
LUISA. ¡Falso!... inconstante!...
EDUAR. ¡Qué escucho!
Luisa... por Dios...
LUISA. (Rechazándole.) Lo que digo!
EDUAR. Me juzgas mal.
PURA. (Interceidiendo.) No hay razón para obrar con tal crudeza.
LUISA. Es que ya el recelo empieza
á sentir el corazón.
D.ª MER. Haya paz.
EDUAR. Pensaste mal.
No soy falso.
LUISA. Me lo abonas?
EDUAR. Te lo juro. ¿Me perdonas?
PURA. (A D.ª Mercedes.) Ha cesado el temporal.
(Pausa breve.)
D.ª MER. (A Eduardo.) Debe gustarle á usté el mar.
EDUAR. Mucho, señora.
D.ª MER. A fe mía
que sí, por desdicha, un día
tuviese yo que viajar
en un buque... Con pensarlo
solamente...
EDUAR. No hay temor.
Se pasa mucho mejor
que en tierra. Todo es probarlo.
Cuando el hombre se decide
por el mar y deja el suelo,
y allí entre el agua y el cielo
contempla el sol que despide

sus chispas de oro en Oriente
al despuntar la mañana,
tiñiendo de ópalo y grana
la inmensidad sorprendente;
ó en el récio temporal
mira del mar el furor
y ha de luchar sin temor
dando cara al vendabal;
entonces á ver empieza
que va de lo grande en pos.
Para comprender á Dios
hay que admirar su grandeza.

LUISA. ¿No te mareas andando
por el buque?

EDUAR. ¡Ca!.. tontina.
Aquel olor de marina
que uno aspira navegando,
presta fuerzas al mortal
para luchar con las olas.
Oh!.. y las naves españolas
que no conocen rival.

PURA. Pero qué: ¿van á salir
ó no?

EDUAR. Si mi Luisa quiere...

PURA. El tio vendrá...

D.ª MER. Que espere.
Puede que aún tarde en venir.

PURA. (A doña Mercedes). No obstante, puesto que [usté
va con ellos...

LUISA. Mamá: ven.

PURA. Por qué?

EDUAR. Sí, salga también.

PURA. Idos. Yo me quedaré...
(A Luisa). Papá salió...

D.ª MER. (A Pura). Pues adios!

PURA. No tardar.

LUISA. (Contrariada). Bueno, no vienes
y esto me enfada.

EDUAR (Viéndola mal humorada). ¿Qué tienes?

PURA. Una caricia. Id con Dios!
(Les acompaña hasta el foro).

## ESCENA IX

PURA

Envídio su dicha. Al menos
vea yo en torno el placer;
que felices han de ser
puesto que los dos son buenos.
¡Ay, que jamás conocí
esa dicha halagadora.
Me acarició tentadora,
soñé, disperté y sufri.
En mi corazón, pesar;
en mi mente, algo sombrio;

en mis labios, hiel. ¡Dios mío!
nunca ceso de llorar.
Y ¿qué me falta? Ni amor,
ni cariño, ni consuelo...
(Rehaciéndose y procurando serenarse.)
Basta, basta ya de duelo.
A distraerme. Es mejor.
(Vase por la izquierda.)

## ESCENA X

JUAN y RICARDO (Por el foro.)

JUAN. No esperaba yo encontrarte,
pero el hallazgo es de perlas.
Iba á casa de mi tío...
Mas, ya no suelto la presa.
Ea, ya estás en tu casa;
manda, pide, habla y ordena.
RICAR. Quien ha de hablar eres tú.
Cuenta, dí.
JUAN. Siéntate.
RICAR. Apenas
si de mí te has acordado.
¡Cómo pasa el tiempo!
JUAN. Vuela.
RICAR. Por tu familia he tenido
noticias de tí. Directas
nunca las tuve. ¿Y por qué?
¿Guardabas alguna ofensa?
JUAN. Curioso estás.
RICAR. No hagas caso
ni te extrañe mi crudeza.
Sin embargo, razón hay
para que te reconvenga.
Conque, hace tiempo que estás
otra vez aquí de vuelta?
JUAN. Diez meses.
RICAR. ¡Una bicoca!
Y dime: ¿dónde te entierras?
¿No haces ya caso de amigos?
JUAN. Tienes mi amistad...
RICAR. A medias,
pues la tengo por fortuna.
Si este cura no te encuentra
por la calle, lo que es tú...
JUAN. Déjame hablar.
RICAR. Libre lengua.
JUAN. Figúrate que hace sólo
dos meses que estoy de vuelta...
RICAR. Pues si me dijo tu tío...
JUAN. Hombre, atiende; ten paciencia.
Vinimos á España há tiempo;
pero al volver á mi tierra
llevaba yo la intención
de establecer en Valencia
una sucursal...

RICAR. Ya entiendo.
JUAN. Calculé, vislumbré pérdidas
y vinimos á Madrid
abandonando la empresa.
RICAR. Bravo, amigo mío. Estás
dispensado si hay enmienda.
Creo que allí te casaste.
JUAN. (Después de un signo afirmativo.) Y tú?
RICAR. No.
¡Cosas son esas
para pensadas con tino;
pensarlas mucho... y no hacerlas.
JUAN. Llevo diez años...
RICAR. ¿Diez años
de andar con la cruz á cuestas?
Pues hijo, yo estoy reñido
con la santa madre Iglesia.
JUAN. Más pronto ó más tarde...
RICAR. ¡Nunca!
Te lo juro.
JUAN. Calavera!
RICAR. No; llámame previsor.
Veo sombras, voy á tientas.
Hombre, tú has encanecido.
¡Las fatigas dejan huella!
En cambio, mírame á mí:
tan fresco, nada me altera;
vivo solo, y vivo bien.
JUAN. Pero qué, ¿vives de renta?
RICAR. De mi bufete.
JUAN. Abogado?
RICAR. Caramba! Ya no te acuerdas?
Hace seis años.
JUAN. Y qué,
¿cómo andas de pleitos?
RICAR. Piensa
que en España el pleitear
es enfermedad endémica.
Se usa aquí el papel sellado
en proporciones que aterran.
Consultas?... ¡Toma! Las hay
si no á miles, á docenas.
Vendrá día, si así sigue,
que por un dolor de muelas
se irá á ver al abogado.
JUAN. ¡Quién sabe si mejor fuera!
Cada galeno hay aquí...
RICAR. Al que se muere le entierran.
Mas, no anduviste tú en eso
de *patologías médicas*
y demás?
JUAN. Contra mi gusto.
Lo descarnado no reza
con mis pujos de filósofo.
Yo dejo que otros aprendan
funciones del organismo
ó achaques de la materia.

La sala de disección
me daba vértigos. No entra
en mi manera de ser;
soy todo espíritu é idea.

RICAR. Entonces...

JUAN. Ya ves, Ricardo.

RICAR. Dejaste, pues, la carrera...

JUAN. Los libros de medicina
cambié por libros de cuentas,
el bisturí por la pluma,
por el cálculo la ciencia.

RICAR. Y qué tal te ha ido.

JUAN. Bien.
En un principio, de cerca
conocí el hambre.

RICAR. ¡Caramba!

JUAN. A los veinte, ¿quién se arredra?
Hallé luego protección
y se acabó la miseria.
Me casé y...

RICAR. No continúes:
presumo las consecuencias.

JUAN. ¿Cómo?

RICAR. Sí; tuviste hijos...
Es lo natural... Se empieza...
(Viéndole hacer signos negativos.)
¿Que no?

JUAN. No los tuve.

RICAR. Entonces
una excepción de la regla.
Pero, oye: ¿No me has hablado
de una niña?

JUAN. Sí. Mas, esa
niña, es hija... de mi esposa;
no mía.

RICAR. (Confundido.) Conque... hija de ella
y no tuya?... Ah!... ya comprendo.
Según eso, tu esposa era
viuda?

JUAN. Justo.

RICAR. Juan, te admiro.
A mí, corazón de piedra,
no me cojen. Sordo estoy
para arrullos de sirena.

JUAN. El día menos pensado
miras el sol y te ciega.

RICAR. (Riendo.) Por si acaso, llevo gafas.

JUAN. Es que los rayos penetran
muy hondo...

RICAR. Vuelvo la vista.
Vaya, que no estoy por esas.
Has de convenir conmigo
en que, por uno que acierta,
hay cien que anduvieron torpes;
y es mal signo la torpeza.

JUAN. Quita!... Si es la paz del alma;
la felicidad suprema.

RICAR. Permíteme que lo dude.
Tú ya sabes mi franqueza.
En el sexo bello, Juan,
sí las hay dignas de veras,
hay ejemplares capaces
de ponerle á uno en reserva.
Libros de papel tan fino
que al menor soplo se quiebran,
en donde puedes leer mucho
sin que nada grande aprendas.
Mira: ayer, sin ir más lejos,
supe un caso que demuestra
plenamente lo que digo:
que es la mujer un problema
muy complicado de suyo,
y que no hay quien lo resuelva,
y que hay hombres para todo,
y que...
JUAN. Bien: Etcétera, etc.
RICAR. El caso es original,
y digno de una novela
al estilo de Zola.
JUAN. De mujeres?
RICAR. De una de ellas
y de un ejemplar curioso
del sexo feo.
JUAN. Habla, empieza.
RICAR. Se trata de una pasión
puramente pasajera;
de un amor de esos de paso.
JUAN. ¿Un tenorio?
RICAR. A la moderna.
JUAN. O á la antigua. Es todo igual.
RICAR. Un abandono...
JUAN. Una afrenta?...
RICAR. Fruto del amor...
JUAN. Un ángel
mártir de la culpa agena.
RICAR. (Algo admirado.) Pero tú sabes?...
JUAN. Lo infiero.
¡Lo de siempre!
RICAR. Pues no aciertas
del todo, que el hecho es único.
JUAN. A ver, á ver, sigue. Cuenta.
RICAR. Te aseguro que es chistoso.
El seductor...
JUAN. (Presintiéndolo.) Huye?
RICAR. Espera.
Era casado.
JUAN. Casado?...
Y eso lo ignoraba ella,
eh?
RICAR. Claro, lo ignoraría;
pues, aunque frágil, es buena.
JUAN. Luego, el engaño es mayor;
la perversidad completa.
RICAR. Pasaron años...

JUAN. (Algo nervioso.) Y qué?
RICAR. Enviudó. Al fin la conciencia
le recordó lo pasado.
Siendo su fortuna inmensa
pensó en la niña...
JUAN. Conforme.
RICAR. Procuró enterarse, y mientras
se disponía á marchar
otra vez...
JUAN. (Receloso.) A dónde?...
RICAR. A América.
JUAN. ¿Vive allí la niña?
RICAR. No.
Vivía.
JUAN. ¿Y ahora?
RICAR. Piensa
el padre que está en España.
JUAN. (Visiblemente preocupado). ¿En España?
RICAR. En esta tierra...
JUAN. ¿Aquí, en Madrid?
RICAR. (Afirmativamente). En Madrid.
JUAN. (Ap.) ¡Será sólo coincidencia?...
(Alto). Muy bien. Una vez sabido
el paradero, siquiera
no sea más que por ganas
de cubrir tamaña afrenta,
le queda un recurso...
RICAR. ¿Cuál?
JUAN. ¡Toma!... Casarse con *ella*.
RICAR. ¿Con la madre?
JUAN. Con su víctima.
RICAR. Espera, chico. Ahí empieza
lo fenomenal del caso,
lo que parece novela.
Él está dispuesto á todo,
pero el matrimonio no entra;
es decir, no cabe.
JUAN. ¿Pues?
RICAR. Si en ello Dios no se empeña...
JUAN. ¿Murió la madre?...
RICAR. No. Entonces
fácilmente consiguiera
tener la niña á su lado;
que es lo que el hombre desea.
Por eso sólo se vino
de Inglaterra...
JUAN. ¿De Inglaterra?
Para buscar á la hija?
RICAR. Y nombrarla su heredera.
JUAN. Hasta aquí yo no le veo
lo extraordinario.
RICAR. (Recalcando la frase.) Es que *ella*
está casada!
JUAN. (Levantándose maquinalmente.) ¿Casada?...
RICAR. ¿Qué te pasa?
JUAN. (Afectando tranquilidad.) Me interesa.
¿Se trata de un adultério

quizás?

RICAR. No, hombre. Que á sabiendas
*ese* se unió...

JUAN. (Ap.) ¡Vive el cielo!

RICAR. (Observándole.) Pero... ¿qué tienes, Juan?...
¡Tiemblas...

JUAN. (Esforzándose en sonreir.) ¡Quiá!... nada...
¡El calor... ¡Pues hijo,
de modo que!..

RICAR. Una simpleza
de un iluso. Yo no he visto
cosa que se le parezca.

JUAN. Tú le conoces?

RICAR. No tuve
ese... disgusto.

JUAN. (Algo pensativo.) No creas...
quizás sea un hombre digno.

RICAR. ¡Cómo digno?... Ni de cerca
ni de lejos. Un estúpido
sin razón ó sin vergüenza.

JUAN. Al fin, *él* cubrió una infamia...

RICAR. No, Juan. Se manchó con ella.
Un loco, y loco de atar.

JUAN. Honrar á una mártir...

RICAR. Deja!
Si hay fango...

JUAN. Se limpia...

RICAR. Justo:
y se ensúcia el que lo intenta.
Para mí es irregular,
ilógico. ¡Un colmo! ¿Piensas
que un hombre sensato puede
convenir?... Chico, si fueran
muchos los casos, habría
que imponer pena tremenda...
Es el *non-plus* del ridículo. (Pausa breve.)
Pero, á todo esto, ¿en qué piensas
que tan reservado estás
conmigo? No me presentas
á tu señora?... ¡Qué amigo!
Cómo te cambió la ausencia!

JUAN. (Preocupado.) Salieron, según parece...
Hoy es mi santo. Te quedas
á comer. Ven allá dentro
y verás mi biblioteca.
Pronto volverá mi esposa.

RICAR. Vendré otro día...

JUAN. No: espera.
Te cojí, estás prisionero,
secuestrado, á mi tutela;
y el rescate es la comida
que vas á decir si aceptas.
Vendrán mis tíos...

RICAR. Tus tíos?

JUAN. Toda mi familia.

RICAR. Buena
gente, Juan. Un cliente honrado

tu tío. Muchas pesetas,
buen humor y mucho juicio.

JUAN. Ven, sigue. (Vanse por la derecha.)
(Aparte.) ¡Qué coincidencia!

## ESCENA XI

D. ANTONIO. (Por el foro, seguido del criado.)

D. ANT. Conque, ha salido mi esposa?
Y no está Juan?...

CRIADO. Estará
en su cuarto.

D. ANT. Bueno va.
(Viendo que se queda el criado). Puede usted irse.

(Vase el criado.)

Es una cosa
inexplicable. No sé...
Temí siempre una trastada...
¡Cabeza destornillada,
lo mismo que siempre fué'
No, pero lo que es ahora
termina. Tengo decencia,
y toda concupiscencia
me parece aterradora.
Cuando joven, á su madre
hizo morir de pesar.
Ya es hombre, y mal sabe honrar
la memoria de su padre.
(Pensativo.) La verdad que no debí
verle siquiera al volver.
No se debiera querer,
vive el cielo, á un loco así.
Pero... lo voy á arreglar.
¡Ya me dió á mí mala espina!
Le hablo formal, y termina.
Mi esposa no ha de tratar...
(Este monólogo lo dirá el actor paseándose y como echando cálculos sobre un asunto que le preocupa.)

## ESCENA XII.

D. ANTONIO y JUAN

JUAN. (Hacia dentro, como diciéndoselo á Ricardo.)
Aguarda un momento...
(Viéndole.) ¡Tio!
Caramba! Vino usted tarde...
Bien esperará el que aguarde...

D. ANT. (Indicándole la puerta de la derecha.) ¿Quién hay?

JUAN. Un amigo mio
á quien ya conoce usted.
Ricardo Ruiz...

D. ANT. Ah!... Ricardo?

(Breve pausa. D. Antonio mira á Juan fijamente.)
Conque, dices tú que tardo...

JUAN. Sí, hombre. Tanto, que pensé
que no iba usted á venir,
y como me convenía...

D. ANT. Te prometí que vendría
y yo acostumbro á cumplir.

JUAN. Entre usted...

D. ANT. No. Aguardaremos...

JUAN. (Algo admirado.) A qué?

D. ANT. A mi esposa. He cumplido.
Ya has visto que hemos venido...
(Gravemente.) ¡Verás como nos volvemos!

JUAN. ¿Qué tiene usted?

D. ANT. Lo sabrás...

JUAN. ¿Qué le pasa?

D. ANT. Poca cosa:
que en cuanto vuelva mi esposa
estamos aquí de más.

JUAN. ¿Cómo?...

D. ANT. Nada. Si estuviésemos
solos...

JUAN. No le hace; hable usté.

D. ANT. Más tarde...

JUAN. Pero... ¿por qué?

D. ANT. Porque... si ahora lo hiciésemos
sería una indiscreción...
(Sacando unos papeles) Unicamente, verás:
un recibo firmarás
y te entregaré un talón...

JUAN. (Con mayor sorpresa.) ¡Tío!...

D. ANT. ¡Nada!... Que no
[vamos
corrientes contigo.

JUAN. ¿Es broma?

D. ANT. Hablo formalmente. Toma
tu dinero, y terminamos.
(Mostrándole un talón.)
Aquí están ya comprendidos
intereses y demás.
Tomas el talón, me das
el recibo... y entendidos.

JUAN. (Confundido.) Siquiera... aguarde...

D. ANT. No mucho.

JUAN. Mañana puede arreglarse...
Mi esposa va á disgustarse...

D. ANT. (Riendo.) ¿Tu esposa?... ¡Ja, ja!...

JUAN. (Más agitado.) ¡Qué escucho!
Tio... por Dios!... Soy formal...
¿Rie usted?...

D. ANT. Claro, me rio.
¡Lindo estás sobrino mio
con tus pujos de moral!
(Irónicamente.) Por supuesto, siempre has
[sido
el más fiel observador

de ese culto, y superior
has de ser como marido...
¡Matrimonios ejemplares
así, á la buena de Dios:
quererse y juntarse dos
sin visitar los altares!

JUAN. ¿Cómo?... ¡Calúmnia!

D. ANT. Tal vez.
Mas, quien lo contó no miente.

JUAN. Pues mintió. Y seguidamente
voy á probarlo, pardiez!

D. ANT. (Con flema.) Es tu energía asombrosa.

JUAN. (Conteniéndose.) Yo rechazo la impostura.
Y aquel que calumnie á Pura
ha de saber que es mi esposa!
Un momento.

D. ANT. (Persistiendo en entregarle el talón.) ¡Toma!...

JUAN. Aguarde.

D. ANT. Toma...

JUAN. ¡Hay sombra de deshonra!...

D. ANT. (Desabrido.) ¡Acabemos!

JUAN. Ahora, mi honra.
Eso del talón, más tarde.
(Vase precipitadamente por la derecha y vuelve á poco con un pliego. D. Antonio entretanto queda indeciso y sorprendido.)

D. ANT. (Ap.) ¿Si habrá mentira?...

JUAN. (Apareciendo.) Aquí están
los documentos.
(Los desdobla febrilmente y se los entrega.)
¿Ve usté?...
¡Vaya... que ya lo probé!...
¿Sigue usted dudando?

D. ANT. (Después de leer rápidamente.) ¡Juan!

JUAN. ¿Lo ve usted si somos buenos
y pueden darnos la mano?
¡Quién pudo ser el villano!...

D. ANT. (Cogiéndole del brazo y mirándole con extrañeza.)
¡Ahora... te entiendo menos!
Pura... es tu esposa?... ¿Sabías
la afrenta, y...

JUAN. (Le impide continuar, con mezcla de temor y cólera.)
¡Ah!!... calle usté!...

D. ANT. (Asombrado.) Lo sabías?...

JUAN. (Convulso.) ¡Sí!... Lo sé!...

D. ANT. ¡Insensato!... ¿No veías?...

JUAN. ¡Todo!...

D. ANT. (Mirando otra vez los papeles.) Es cierto el matrimonio...

JUAN. ¡Disimule usted!...

D. ANT. ¡Qué necio!
Mas bien mereces desprecio
que compasión.

## ESCENA XIII

DICHOS y RICARDO.

RICAR. ¡Don Antonio!
(Observando á Juan que se habrá quedado en último término visiblemente emocionado.)
(A D. Antonio.) ¿Qué tiene Juan? No está [bueno?
D. ANT. Sí... Nada...
RICAR. (Ap.) ¿Qué pasa aquí?
JUAN. (Ap.) ¡Levanté al caido!... Fuí magnánimo... y me echan cieno!
(Breves momentos de silencio en que cada personaje, estará presa de emoción distinta, dejando á la discreción de los actores la interpretación de este pasaje.)
RICAR. (Ap.) Si estaré de más? (Alto.) Adios!
(Se dispone á salir. D. Antonio le imita.)
D. ANT. (Ap.) Será mejor. (Alto.) Hasta luego!
JUAN. (Como adoptando una resolución les detiene.)
Ven, Ricardo; te lo ruego.
(A D. Antonio.) Y á usted lo mismo. Los [dos
han de ver un plan que trazo.
¡Fuera temor y congoja!
Alguno lodo me arroja,
y yo ese lodo rechazo.
¿Voy á luchar?... A la corta
ó á la larga eso vendría.
¿Me expongo á la befa impía?...
Pues ya está hecho. ¡No importa!
¿Algún crímen cometí
para humillar así el rostro?...
¿Habrá peligro?... Lo arrostro,
puesto que ya lo medí.
Por ello no me confundo:
¡nécio, si alguno me increpa!
(Exaltándose.) ¿Cómo que nadie lo sepa?...
¡que lo sepa todo el mundo!
¿Será la prueba algo dura?...
Pues la aguantaré valiente...!

## ESCENA XIV

LOS MISMOS y PURA (De la izquierda.) Luego LUISA, EDUARDO y D.ª MERCEDES por el foro, según marca el diálogo.

PURA. ¡Juan!
JUAN. (La coge con ímpetu y la coloca enfrente de su [tío.)
¡Mírale frente á frente!
(A Ricardo con orgullo.) Esta es mi esposa!...
(A D. Antonio, id.) ¡Esta es Pura!
(La estrecha entre sus brazos.)

LUISA. (Apareciendo.) ¡Mamá!
RICAR. (Ap.) Ya todo lo infiero...
EDUAR. ¡Cómo!... Ustè aquí, don Ricardo? Qué sorpresa!
D. ANT. (A D.ª Mercedes). Ven.
RICAR. (Estrechándole la mano con sorpresa.) ¡Eduardo!
(En esto entra el criado con una tarjeta que entrega á Juan, quien á su vez, y después de leerla, la entrega á Eduardo).
JUAN. (Al criado.) Que pase ese caballero.
EDUAR. (Viendo la tarjeta.) Ah!... mi amigo...
RICAR. (Ap.) Discreción.
LUISA. (A su madre.) ¿Por qué lloras?
PURA. (Besándola.) ¡Hija mía!
D.ª MER. (Aparte á su esposo.) ¡Cuándo yo te lo decía!...
JUAN. (Ap.) ¡Cómo lates, corazón!...
(La situación de los personajes es la siguiente: Ricardo y Eduardo en último término á la derecha. En primer término D. Antonio y doña Mercedes, hablando en voz baja. A la izquierda, Luisa y Pura, que al entrar aquella se ha desprendido de los brazos de Juan, yendo á sentarse en el sofá. Juan en el centro, nervioso y afectando serenidad.)

## ESCENA XV

### LOS MISMOS y D. LORENZO

EDUAR. (Haciendo la presentación.)
Ah!... D. Lorenzo de Armesto.
D. Juan de Mesa y Sigura...
(Mientras cambian los saludos, Pura se habrá levantado y vuelto; y al fijarse en el recien venido deja escapar una exclamación de sorpresa, quedando lívida é inmóvil.)
PURA. (Ap.) ¡Dios mío!... ¿Qué veo!!...
D. LOR. (Aparte, fijándose en ella y quedando también atónito.
¡Pura!!...
LUISA. (Viéndola palidecer.) ¿Qué tienes, mamá?...
JUAN. (Observando á unos y á otros con asombro.)
¿Qué es esto?...

FINAL DEL ACTO PRIMERO.

# ACTO SEGUNDO

La misma decoración.
Es de dia. A primeras horas de la tarde.

## ESCENA PRIMERA

JUAN y RICARDO

JUAN. Tú dirás.
RICAR. ¡Cómo?
JUAN. A qué debo
el honor de la visita.
RICAR. (Ap). Me parece que se agita...
No seria nada nuevo
dado el sesgo...
JUAN. (Algo impaciente). A qué has venido?
RICAR. Soy tu amigo, y mi interés...
JUAN. Al grano, Ricardo.
RICAR. Pues,
vengo á verte... decidido
á buscar conciliación.
JUAN. (Mirándole fijamente). Ah!.. viniste por encargo...
RICAR. Déjame hablar..
JUAN. Habla largo
y te prestaré atención.
RICAR. Don Lorenzo...
JUAN. (Interrumpiéndole). Mal comienzo.
A otro asunto.
RICAR. Te incomodo?
JUAN. No. Puedes hablar de todo
menos de ese... Don Lorenzo.
RICAR. Se portó decentemente.
JUAN. ¿Cuándo?
RICAR. Anteayer...
JUAN. ¿Y antes?
RICAR. Bueno,
pero... ya no existe el cieno...
JUAN. ¡Sí! Lo lleva áun en la frente.
RICAR. Tiene un derecho adquirido.
plenamente demostrado...
JUAN. Derecho que él ha invocado
y yo no he reconocido.
RICAR. Deja tú legitimar
á esa niña. Así llevara

su nombre...

JUAN. ¡Se avergonzara
de tenerle que llevar!

RICAR. No seas exagerado,
que al fin *él* no es un mal hombre...

JUAN. ¿Para qué hace falta el nombre,
si uno ostenta que yo he dado?

RICAR. Mostrándote opuesto á eso
motivarás un disgusto...

JUAN. Hombre, yo entiendo lo justo
aunque carezca de seso.
Y así, obre bien ú obre mal,
en las cuestiones que toco
siempre lo justo coloco
por cima de lo legal.

RICAR. Según la ley, la razón...

JUAN. (Con firmeza.) Me pertenece. Además,
pienso que un nécio jamás
mereció tanta atención.
¡Hubo traición, hubo engaño!

RICAR. Naturalmente, un error...

JUAN. ¿Se dispensa al seductor
ó se hace que pague el daño?

RICAR. Es que *él* lo hubiera pagado.
De ahí que torpe resultes
ante el vulgo...

JUAN. No me insultes...

RICAR. Juan, dispensa.

JUAN. Dispensado.

RICAR. (Con embarazo.) Quisiera saber decir
sin que llegase á ofenderte,
por qué modo, de qué suerte
se llegan á confundir
—sin que tenga explicación
alguna el hecho tal vez,—
un acto de insensatez
y un acto de abnegación.
Diste un paso en falso. Diste...
lo que no se debe dar.
Y así te vas á encontrar
con que, aquello que tú hiciste
sin concederle importancia,
alguno lo tomará
por digno, y otro verá
en ello una extravagancia.

JUAN. La ví, la amé, y reveló;
quedó huérfana, esperé;
la ví llorar, y lloré;
vió mi nobleza, y me amó.
Al instante comprendí
su amor y su desventura.
¡La ví junto á la hendidura
y mi mano la ofrecí!
Con llanto acogió mi ruego
y me dijo:—«Sé mi hermano,
»porque, si me das la mano,
»vas á arrepentirte luego!»—

Así exclamó con los ojos
en lágrimas arrasados...
¡Besé unos labios helados
y caí á sus piés de hinojos.
(Con orgullo.) Ví en su ventura mi gloria.

RICAR. Y te cegó un idealismo
más ciego que el amor mismo.
Tu buena acción es notoria;
mas, ante el vulgo temible
resulta algo improcedente.

JUAN. Fuí digno!

RICAR. Excesivamente.
Llegaste á lo inconcebible!

JUAN. ¿Quién domina un corazón?...
Iba á labrar su martirio!...
¡Si la amaba con delirio!...
¡Pónle valla á una pasión!
Mejor que no hubiese habido
Esa sombra en su pasado.
¡Cuánto me hubiese alegrado
de que no hubiera existido!
Mas, ¿existía? Corriente:
yo la amaba de igual modo.
El pasado no era el todo;
la falta fué un accidente.

RICAR. Digno eres de admiración,
pero entiendo, y lo consigno,
que ir *más allá de lo digno*
es una exageración.
Preceptos son, aunque añejos,
que hay que respetar con creces.
Se cae en lo absurdo á veces
por el afán de ir muy lejos.

JUAN. De una mujer, respetable
por solo el hecho de serlo,
hice una santa. Al hacerlo,
no pensé en si era culpable.
¡Culpable! ¿Cuándo el dolor
tuvo culpa?... Ella sufria;
mártir del amor caía
y la redimió el amor.

RICAR. Especial jurisprudencia.
Allá tú con tu razón.

JUAN. Código del corazón
que encierra la mejor ciencia!
Asombra á algunos?... ¡Deliran!
y nécio del que me increpa.
Lo bueno ha de haber quien sepa
salvarlo si otros lo tiran!

RICAR. Dar el nombre, está de sobra
en tal caso. Me parece.

JUAN. Yo lo dí, y me enorgullece
la grandeza de mi obra.
¿Qué querían: que yo hubiese
acabado de aplastar?...
¿que, en vez de regenerar,
la obra inícua prosiguiese?...

¿Que, abusando del dolor
ó temiendo á la rutina,
hiciera mi concubina
de una mártir del amor?...

RICAR. (Sonriendo.) Prueba de que comprendiste
algo de esto que te digo
es que, hasta hace poco, amigo,
la viudez de ella fingiste.

JUAN. Para evitar pesadumbre
á la mártir de mi hogar,
y porque sé que hay que dar
también algo á la costumbre.
¿Iba á contar el desliz
con toda su desnudez
á gente de tal jaez
que condena á una infeliz?
* Nace una preocupación,
* germina, se extiende, crece;
* y andando el tiempo parece
* un dogma, una religión.
* No se discute el motivo,
* sin duda porque es costoso
* buscar en lo nebuloso
* lo que haya de positivo.
* La rutina con candor
* del hecho se enseñorea.
* Y ¡guay, luego, de quien vea
* contrasentido ó error
* en lo que, llovido así
* del acaso, fué á las cumbres!...
* ¡Se fundan tantas costumbres
* en eso del *porque sí!*
Yo no me erijo en maestro,
marcho solo y en Dios fío.
Dejadme, pues, con lo mío
y quedaos con lo vuestro.

RICAR. Siempre te he querido bién:
soy ageno á esas intrigas...

JUAN. Bién me quieres?... Pues, no sigas:
anda y déjame también.

RICAR. Un consejo...

JUAN. No lo admito,
porque querrías cobrarlo
y yo no estoy por pagarlo.

RICAR. Pero hombre...

JUAN. Que no, repito!

RICAR. Mi deseo es conciliar.

JUAN. Ve si ese hombre bien discurre:
si se vá pronto, no ocurre
nada de particular.

RICAR. Ver á su hija...

JUAN. En eso yerra,
y hace mal siendo tenaz.
Si desiste, mucha paz;
si se empeña, cruda guerra.

RICAR.. Y qué quieres?

JUAN. Olvidarle:

que se marche de corrido.
Si en esto no ha convenido,
mañana iré á provocarle.

RICAR. Dí un consejo, y hago punto.
Del código soy esclavo.
Por lo demás, yo me lavo
las manos en este asunto.

JUAN. Si al infortunio me arroja,
su presencia no tolero.
Nada exijo: sólo quiero,
ó marcha, ó duelo. Que escoja.

RICAR. Adios, Juan.

JUAN. Ricardo, adios!

RICAR. (Ap.) Mal vamos, por lo que veo.

JUAN. Y gracias por tu deseo.
(Vase Ricardo por el foro.)
Uno sobra de los dos.

## ESCENA II

JUAN. Luego PURA. (De la izquierda.)

JUAN. Mar que indómito bramaste,
fuiste frágil, y me pesa.
¿Por qué soltaste la presa?...
¿por qué á ese vil no tragaste?
Cuando su vida salvó
Eduardo con heroismo,
al librarle del abismo
á nosotros nos hundió.

PURA. (Que habrá oido las últimas frases.) ¡Cierto, sí!

JUAN. (Transición.) A mi lado, ven.

PURA. ¡Juan!

JUAN. Ah!... contigo no reza;
porque me sobra cabeza
y pecho, y alma también.

PURA. ¡He sido muy desdichada!

JUAN. ¿Desconfías de la suerte?
Tú eres débil, yo soy fuerte:
la cosa está equilibrada.
Si hay quien pueda pretender,
yo estoy para rechazar.
Pues qué, ¿me van á obligar
á dejarte de querer?

PURA. ¡No fué culpa mía, Juan!

JUAN. ¡Pero si nada te digo!
La culpa no está contigo;
otros, otros la tendrán.
Para mi juicio no hay tasa.
Ese hombre acertó á venir
y yo le dejé salir,
no sé cómo, de mi casa.

PURA. ¡Fatalidad!

JUAN. (Afectando tranquilidad.) Pero qué:
¿piensas que me asusta? ¡Bah!
Ya se fué, y no volverá
porque yo lo impediré.

No reconozco derecho
ni leyes en esto acato.
Se pone fiero? ¡Le mato!

PURA. ¡Por Dios!

JUAN. No temas. Mi pecho
es blando, muy blando, Pura,
cuando lo tierno se empeña;
y más duro que una peña
si se trata de impostura.

PURA. Esposo mío!... Prudencia!...
Yo soy la causa...

JUAN. ¿Tú? Erraste.
¡Si tú nunca me engañaste!
¡si me indujo la conciencia!
Seguro esté de tu amor
y ya tengo así mi gloria.
Lo demás pasó á la historia
y olvidarlo es lo mejor.
¿No lo entiende el vulgo así?...
¿Me debo, acaso, á lo informe?
No satisface?... ¡Conforme:
ya me satisface á mí!
Mas, eso sí... que no vea
tus ojos en él fijándose...
vuestras miradas cruzándose...
(Como apartando un pensamiento). ¡Eso nunca!... Ni en idea
lo quiero ver...

PURA. ¡Juan!

JUAN. (Transición.) No, Pura.
Eso nunca, esposa mia;
porque entonces provendría
fatalmente la locura...

PURA. Ah!... no, no! ..

JUAN. (Con risa forzada.) Claro que no!

PURA. Tú eres bueno, eres honrado!

JUAN. (Sonriendo tristemente.) ¡Un defecto condenado
que mi padre me legó!...

PURA. Te debo mi dicha entera...

JUAN. No has de mentarlo por esto;
que el corazón yo lo presto
sin interés á cualquiera.
Ea, pónme buena cara;
no haya lloro ni querella;
que te vea yo tan bella
y de mi cariño avara.
Ni lágrimas ni pendencias
referente á lo demás;
porque eso no ha sido más
que un choque sin consecuencias.
Adios!

PURA. Te vas?

JUAN. Sí, me voy
á reir del mundo entero;
á mostrarles lo que quiero,
lo que valgo y lo que soy.

Que hablan, juzgan y se alteran?...
¡al viento sus alaridos!
algodón en los oidos
y que digan cuanto quieran.
Que el demonio se los lleve
con su criterio asaz fútil.
La lengua, es un arma inútil
si la razón no la mueve.
¿Hablar?... Mucho, mucho, sí;
con elocuencia risible:
que no hay Cicerón posible
no habiendo de aquí y de aquí.
(Señalando respectivamente la cabeza y el corazón.)
(Vase por el foro.)

## ESCENA III

PURA. Luego LUISA (de la izquierda.)

PURA. (Mirando salir á su esposo.) ¡Qué contraste, [Vírgen santa!
Tanta falacia y doblez
ante tamaña honradez,
virtud é hidalguía tanta!
LUISA. (Pensativa.) ¡Mamá!
PURA. ¡Hija! ¿Lloras?...
LUISA. No.
A bien que razón tendría.
¡No me quieres!
PURA. ¡Hija mía!
¿Cuándo, díme, te faltó
mi cariño?
LUISA. Yo lo veo.
Pareces, tan pesarosa,
mas bien que madre amorosa
un juez delante de un reo.
PURA. ¡Ven... Bésame!
LUISA. Pues no llores.
No hay beso sin que sonrías.
PURA. (Ap.) ¡Ay!... Las lágrimas tardías
aumentan los sinsabores.
(Alto.) Sí, ya sonrío. No ves?
LUISA. La sonrisa has de forzar...
No, pues no te lo he de dar
como tranquila no estés.
¡Todos tristes, siempre adustos!
¡Hasta Eduardo con quimeras!...
(En un arranque y con mimo.) Ya no quiero [que me quieras,
pues me matas á disgustos.
PURA. (Conmovida.) ¡Luisa!...
LUISA. (Apartándose.) No quiero.
PURA. ¿Por qué?
LUISA. Porque eres mala.
PURA. ¿Yo?
LUISA. Sí.
Tú no me quieres á mí

y tampoco te querré.
PURA. ¡Ven, loquilla!
LUISA. ¿Me querrás?
PURA. Te lo juro.
LUISA. Es que... por eso.
Dame un beso, pues.
PURA. (La besa con efusión.) ¡Un beso,
y otro beso, y cien y más!
LUISA. Así, así te quiero ver,
y lo harás, pues te lo mando.
¡Estás más fea llorando!
Ahora te empiezo á querer!
(La besa de nuevo.)

## ESCENA IV

LAS MISMAS y D.ª MERCEDES. (Por el foro.)

D.ª MER. (A Luisa.) ¡Y ninguno para mí?
Vaya, vaya la niñita!
¡Ya te daré yo, Luisita!
LUISA. (Besando á D.ª Mercedes.) Para todos...
D.ª MER. (Satisfecha.) Así, así!
D.ª MER. (A Pura.) Está Juan aquí?
PURA. Salió.
D.ª MER. (A Luisa.) ¿Has llorado?... Ven acá!...
Qué; reñisteis con mamá?
(A Pura.) ¿Habéis regañado?
PURA. No.
D.ª MER. (Ap.) ¡Pobrecita! Me da pena.
(Alto, á Pura.) ¡Quién lo hubiera dicho!..
PURA. (Con pesar.) Sí.
D.ª MER. Ya ves, yo le conocí
la noche de la verbena...
¿Cómo puede imaginar
que aquel señor?... ¡Dios sagrado!
Vino allí recomendado
á mi esposo... ¡Es singular!
¡Qué desdicha!
PURA. ¡Qué dolor!
D.ª MER. Terrible fatalidad!...
También fué casualidad
el venir ese señor...
PURA. (Algo preocupada.) Mas, ¿cómo se enteró
[el tío...?
D.ª MER. Muy sencillo, vas á ver.
Pero... tú debes saber...
PURA. Sólo que sufro, ¡Dios mio!
D.ª MER. Ese joven abogado,
—Ricardo Ruiz de Cifuentes,—
estaba en antecedentes
del hecho. Fué consultado
por don Lorenzo: llamó
su atención el caso, vino
cierto dia y el ladino
en broma lo refirió.
Calavera empedernido

y contrario al matrimonio,
discutiendo con Antonio
sacó á plaza el sucedido.
Necesitó de un banquero
don Lorenzo, y al instante
Ricardo, que es muy galante,
tratándose de dinero
le hizo acudir á nosotros.
Entonces le conocimos,
pero nunca supusimos
se tratase de vosotros.
Él es hombre reservado;
pero, chica, el mismo día
de San Juan, fué Luis García
(el hijo de un magistrado)
y habló con mi esposo. Todo
lo fué contando, contando
y Antonio se fué enterando...

PURA. (Ap.) ¡Cuánto pesar!... ¡cuánto lodo!

D.ª MER. Contó... que en tu juventud...
en fin, que tú y Juan vivíais
así... (Como buscando la frase.) Vamos, que
[teniais
en olvido la virtud.
Por eso Antonio, al saberlo,
se puso muy sulfurado
y vino aquí disparado
con el fin de esclarecerlo.
Ya ves tú... No hay que decir...

PURA. Conque... el hecho trascendió!

D.ª MER. Naturalmente; ocurrió
lo que había de ocurrir.
Primero, Ricardo; luego
nos enteramos nosotros;
después lo supieron otros...
y así fué creciendo el fuego.

PURA. ¡Y mi nombre habrá rodado!...

D.ª MER. ¡La juventud... la locura...
Cuesta tan amargo, Pura!

PURA. ¡He sufrido demasiado!

D.ª MER. Y, ahora, ¿qué vas á hacer?

PURA. ¡Si no lo sé, si no acierto...!

LUISA. (Que habrá estado distraida antes.) Ya lloras,
[mamá?

D.ª MER. (En voz baja.) Te advierto
una cosa. Tu deber
es, ahora, asegurar
de la niña el porvenir.
Créeme: hay que dejarla ir
si *él* se la quiere llevar.

PURA. (Mirando con asombro á D.ª Mercedes.) ¡Nunca!

LUISA. ¡Mamá!

PURA. (Abrazándola.) No, hija, no!

D.ª MER. (En tono meloso.) No seas tonta; es su
[padre!

LUISA. ¡Yo quiero mucho á mi madre!

D.ª MER. Y también la quiero yo.

(A Pura.) A mí nada me va en ello,
y es lógico tu cariño...
Mas, ¡si vieras! Como un niño
lloró el pobre. Por aquello
de que... Claro: me pidió
que te viese, que te hablase...
No me gustan esta clase
de encargos. Mas, se empeñó...
Ya ves: al fin es la herencia
cosa de monta. Es muy rico.
Francamente, no me explico
la oposición... En conciencia
habría que respetar,
siquiera por interés...
Tan sólo verla... Bien ves
que eso es fácil de otorgar.
¿Quieres que la lleve yo?
No supongo que te pese
que la vea, que la bese.
Sólo eso desea...

PURA. ¡No!
Tiemblo con sólo pensarlo.

D.ª MER. Llévala tú misma...

PURA. (Asombrada.) ¡Cielos!...
¡Yo misma?... Y Juan... sus recelos...

D.ª MER. Eso puedes evitarlo
perfectamente. Te vas;
la ve un momento...

PURA. ¡No, no!

D.ª MER. Oye: ya me encargo yo
del asunto. Ya verás.
No me gusta entrometerme
en lo ageno.

PURA. (Con intención.) Bien lo arguyo!

D.ª MER. Mas, pienso que obro en bien suyo
aunque nada ha de valerme.
Le diré que venga aquí...

PURA. No, señora! Soy su madre...

D.ª MER. Conforme. Y *él* es su padre.

PURA. ¡Dios mío!

D.ª MER. (Queriendo persuadirla.) Déjame á mí.
No hay peligro...

PURA. No, por Dios!...
que decide de mi suerte...
¡Me costaría la muerte!

D.ª MER. (Alejando el temor.) ¡Quita!... Vendremos
[los dos.

PURA. Juan se opone...

D.ª MER. Poco á poco
se ablandará. Vas á ver.
La niña no ha de perder
porque ese Juan sea un loco.

PURA. Fué un infame!

D.ª MER. Bueno, sí:
ya comprendo que hizo mal.
Mas, se arrepiente, y total:
¿qué hay de malo en ello, dí?

Al fin, bueno se ha mostrado.
PURA. Bueno, y supo echar al cieno...
¡Ah!... si eso fuera ser bueno,
Luzbel resultara honrado!
D.ª MER. Chica, ¡qué exageración!
En fin, vamos... le conviene
á la niña, pues que obtiene
con ello una posición.
Hay que hacer un sacrificio:
no sé armar ningún belén;
mas, tratando de hacer bien,
nunca excuso mi servicio.
Ea, ya no se habla más.
Garantizo el resultado.
Ya lo dejé preparado...
Voy y vuelvo. ¡Ya verás!
(Vase con precipitación por el foro.)

## ESCENA V

PURA y LUISA

PURA. (Mirando á Luisa con ternura.) Hija del al-
[ma!... En Dios fío!...
Llevarte?... No, no!... ¡Delira!...
¡Si me parece mentira
que seas hija... (Conteniéndose.) ¡Dios mío!
LUISA. ¡Cielos, mamá! ¿Quién lograra
separarnos á las dos?...
PURA. Tan sólo Dios, por ser Dios,
de mis brazos te arrancara.
LUISA. Yo te quiero mucho.
PURA. ¡Sí!
LUISA. No sabría abandonarte.
Mas, ¿quién habla de dejarte?
¿Qué sería yo sin tí?
PURA. Rinde al cariño el amor...
LUISA. No, mamá, no puede ser;
porque yo quiero tener
todo mío tu candor...
PURA. Que lo olvidarás infiero
por el amor que es tu vida.
LUISA. ¡Ah!... no, no; que no se olvida
queriendo cual yo te quiero.

## ESCENA VI

LAS MISMAS y EDUARDO, (por el foro.)

EDUAR. Buenas tardes.
(Viéndolas afligidas.) ¿Hay tristeza?
Nunca pude imaginar
que dolor iba á causar
con mi arranque de nobleza!
LUISA. ¡Eduardo!... ¿Sufres?
EDUAR. Tu lloro
me entristece, Luisa mía;

porque yo verte querría
sin el pesar que deploro.
Risueña, afable, anhelosa
de placer y de ventura;
que así crece tu hermosura,
aunque siempre estás hermosa.

PURA. (Ap.) ¡Azares del corazón!
(Se sienta desfallecida.)

LUISA. (A Eduardo, llevándole aparte.) Oye, cuéntamelo, dí:
¿qué es lo que ha pasado aquí?
Voy perdiendo la razón...
Mamá, triste; papá, adusto:
¡Sabe Dios lo que yo paso!
¡Ah!... ninguno me hace caso,
y me dan cada disgusto!...
(Acercándosele y con misterio.)
Ayer mismo, le dí un beso
á papá, y me rechazó.
Lloré mucho, y me miró
de una manera... ¿Porqué eso?
¿Estará enfadado?... ¡Dí!

EDUAR. (Esquivando la respuesta.) ¡Preocupaciones, mujer!

LUISA. No, no! Tú debes saber
porqué me miraba así.
Oye: ¿No es aquel señor
el esposo de mi madre?...

EDUAR. (Mirándola fijamente.) ¡Has conocidc á tu padre!...
¡Ya conociste el dolor!

LUISA. ¿Verdad que sería horrible?...

EDUAR. Qué?...

LUISA. Mi padre?... ¡Vana idea!
Yo no quiero que lo sea...

EDUAR. (Ap.) ¡Inocente!

LUISA. ¡Es imposible!
¿Es cierto?... Mira: tú puedes
enterarte. Yo... no sé;...
algo confuso escuché...
Dijo la tía Mercedes... (Quedan hablando en voz baja.)

PURA. (Presa de una pesadilla.) ¡Mi Juan!... ¡cielos... qué dolor!

LUISA (Acudiendo.) ¡Mamá!... Dios santo!... está fría!...
No me responde!...

PURA. (Incorporándose.) ¡Hija mia!
¡Cuánto te quiero!

EDUAR. Valor,
mamá!

LUISA. ¿Qué tienes?

PURA. (Esforzándose en sonreir.) Oh!... nada.
Soñaba... que iba á perderte.

LUISA. Necesitas distraerte.
La música á tí te agrada;
ya lo sé. Voy á tocar

algo alegre. ¿Quieres?
PURA. Sí.
LUISA. Ven: los tres juntos allí...
Vas á ver. Te ha de gustar...
¡Estás lívida!
PURA. No es cosa...
Con el calor... un vahido.
LUISA. Dame un beso. No: este ha sido
á la fuerza. (Le presenta otra vez la mejilla y Pura vuelve á besarla.)
PURA. Maliciosa!
LUISA. (A Eduardo.) Tú vas á tocar también.
Lo digo yo, y no hay escusa.
Advierte que el que rehusa
no puede quererme bién.
Qué dices?
EDUAR. ¿Cómo negarme
si tus labios me lo piden?
PURA. (Ap.) ¡Venturas que no se miden!
LUISA. No vayas á disgustarme.
EDUAR. ¿Puedo disgustarte en nada?
Tu amor de orgullo me llena.
LUISA. (Señalándole á su madre, sonriendo.) ¡Míra-la!... ¿Verdad que es buena?
EDUAR. (Ap.) Tanto como desdichada.
(Alto.) No me mires... ¡Estoy loco!..
LUISA. (Candorosamente.) ¡Mentiroso!...
EDUAR. ¿Quién resiste
tu mirada?
LUISA. (A su madre, con cariño.) ¿Estarás triste?
(A Eduardo.) ¡Siempre llora, mientras toco!
(Vánse por la izquierda.)

## ESCENA VII.

JUAN. (Por el foro.)

(Meditando.) ¡Qué absurdos forja la mente
de aquel que está preocupado!...
El aire que he respirado
ha refrescado mi frente...
¡Lo que puede la ignorancia!...
Por un momento creí
que se fijaban en mí
con alguna repugnancia.
¡Estupenda ofuscación!...
Andaba tan confundido... (Queda pensativo.)
Un delito he cometido
por sobra de corazón.
Quizás no debía amar
y dar mi nombre... ¡Qué digo!...
Justo Dios, ¡si amando sigo
sin poderlo remediar!...
¡Si es mi vida esa infeliz!...
¡si yo la he regenerado!...
¡Si es virtud que yo he creado!...

¿Qué me importa su desliz?...
¿Calvario á los que redimen?...
Pues, venga la cruz, Señor!
Yo dí mi nombre y mi amor:
¡vos sabréis si esto es un crímen!
(Se oyen los acordes del piano.)
(Escuchando.) ¡Ah!... la inocencia... El pe-
[sar
no existe á los catorce años.
Ni penas ni desengaños
nos vienen á importunar.
Alma bella y candorosa!...
del abismo te cogí...
¿Y quiere privarte á tí
de esta vida venturosa
que disfrutas el osado?...
¡Que honre como yo, si quiere;
que así el derecho se adquiere
de sentar plaza de honrado!
(Cesa el piano. Queda Juan meditabundo, y como tomando una determinación se dirige hacia la izquierda al tiempo que aparece Luisa.)

## ESCENA VIII

JUAN y LUISA

LUISA. (Sorprendida.) Estabas tú?...
JUAN. Ya lo ves.
¿Te sorprende el verme aquí?
Estabas tocando?
LUISA. Sí.
Mamá, Eduardo y yo, los tres
juntos en el saloncito...
JUAN. Pues yo me estaba escuchando...
¿Por qué no sigues tocando?...
LUISA. ¿Te gustaba?
JUAN. Muy bonito.
LUISA. ¡Adulador!
JUAN. Formalmente,
Vuelve á tocar, y aquí aguardo...
LUISA. No. Quiero que toque Eduardo
el valz del *Fausto*.
JUAN. Excelente.
¿No tienes la partitura?
LUISA. En tu despacho ha de estar.
Te la he venido á enseñar
esta mañana... (Entra á la derecha.)
JUAN. (Ap.) ¡Criatura
angelical!...
LUISA. (Saliendo con unos papeles de música.) La
[encontré.
¿Ves como estaba? Anda, ¿vienes?
JUAN. Oye un momento.
LUISA. (Viendo que la mira fijamente.) ¿Qué tienes?
JUAN. (Vacilando y convulso.) Me quieres mu-
[cho?...

LUISA. ¿Porqué
me preguntas eso?
JUAN. (La coge de una mano.) Dí!
LUISA. Pues bien, sí: te quiero.
JUAN. ¿Mucho?
LUISA. Sí. Más que tú á mí.
JUAN. ¡Qué escucho!
LUISA. (Haciendo una mueca de enfado.) Lo dicho:
[más que tú á mí.
¿Por qué miras de ese modo?
JUAN. Porque... (Se detiene.)
LUISA. Dí. Vas á enfadarme.
JUAN. ¿Serías capaz de darme
cariño, alma, vida y todo?
LUISA. (Riendo.) ¡Uf!... qué cosas de pedir!
JUAN. Para tí, muy poco valgo,
no es verdad?
LUISA. Tú ocultas algo,
y yo lo he de descubrir.
JUAN. (Vuelve á mirarla de hito en hito.) ¿Me quie-
[res?
LUISA. ¡Si eres tan cruel!
Te besé ayer, y ¿qué hiciste?
¿Recuerdas lo que digiste?...
Toda la culpa es... de *aquél*.
JUAN. ¿Quién?
LUISA. (Con mimo.) Mi padre. Tengo dos!
(Riendo.) ¡Y yo que no lo sabía!...
¡Ya me lo dijo la tía
Mercedes!
JUAN. (Ap.) ¡Ira de Dios!
LUISA. ¿Te enfada?
JUAN. (Después de alguna vacilación.) ¿A quién
[quieres más?
LUISA. (Candorosamente.) Mira: yo no entendí
[bien...
¿Quieres que te diga á quién?
¡A tí!!... Y ahora, ¿me querrás?
(Juan va á estrecharla en sus brazos y se detiene.)
¿Qué haces!... ¿Me rechazas!... Oh!...
Entonces... al que me quiera.
¡Te has vuelto que ni una fiera!
Adios, que me aguardan...
JUAN. (Deteniéndola.) No!
LUISA. Suéltame!... ¿Porqué me oprimen
tus manos?...
JUAN. (Se contiene.) (Ap.) Juicio me queda.
¿Cómo es posible que pueda
dar esos frutos el crimen?...
(La suelta y vuelve á quedar pensativo.)
LUISA. ¿Vienes?
JUAN. No. Puede tocar
Eduardo...
LUISA. Tal vez no acierte...
JUAN. Dí que no se desconcierte,
que yo me quedo á escuchar...
(Vase Luisa por la izquierda.)

## ESCENA IX

JUAN. A poco DON ANTONIO, (por el foro.)

¡Hija suya!... Pensamiento
insensato!... Ansío verla...
y quisiera aborrecerla!. .
¡Oh!... qué extraño sentimiento...

D. ANT. ¿Filosofando?...

JUAN. (Sin fijarse.) Doblez...
y abandono, y desvarío!...

D. ANT. (Adelantándose.) ¿Estorbo acaso?

JUAN. (Sorprendido.) ¡Hola, tío!

D. ANT. (Ap.) Mal andamos otra vez.
Vi a Ricardo.

JUAN. También yo.

D. ANT. ¿Te empeñas en desbarrar?

JUAN. ¡Cómo!

D. ANT. Sí. Vas á lograr
que se burlen de tí.

JUAN. No.
Podrá hacer tal algun nécio
por ustedes enterado,
y ese no me da cuidado.
Ni siquiera mi desprecio
es capaz de merecer;
porque yo, por ser quien soy,
mi desprecio no lo doy
cuando poco ha de valer.

D. ANT. Mas, ¿qué quieres?

JUAN. Ya lo he dicho
al que igual me ha preguntado:
que se vaya ese menguado.

D. ANT. ¡Bah! No pasa de un capricho
más ó menos discutible.
Suponte que *él* ver desea
á la niña...

JUAN. ¡Vana idea!
Y más que vana, imposible.

D. ANT. Poco perdieras. Repara
que la herencia...

JUAN. ¡Me confundo!
Con todo el oro del mundo
esta casa no pisara.

D. ANT. Oye, Juan: el hecho es claro,
ya se realizó mi augúrio;
en tí se ceba el murmúrio
con más ó menos descaro.
Siendo el descrédito cosa
que siempre perjudicó
á lo noble, entiendo yo
que, en bien tuyo y de tu esposa,
debes ver en la opinión
algo digno de atender...

JUAN. (Presintiéndolo por el tono con que le habla.)
¿Qué me va usté á proponer?

D. ANT. ¡Nada!... Una separación.
honrosa...
JUAN. (Asombrado). ¡Qué?.. Yo dejarla?...
¿Me tiene usted por tan nécio?...
¿Se ha fijado usté en el precio
á que la adquirí al honrarla?..
¡Lleva mi nombre!!
D. ANT. Te excedes
en balde.
JUAN. Es que poco á poco
dudo de si estoy yo loco
ó lo están todos ustedes!
(Como analizando la proposición). Separar-
[nos!.. ¿Para qué?..
Aquí el infame... yo lejos...
ella sola... Esos consejos
no deben salir de usté!...
no se piensan ni se dan;
cosas imposibles son,
porque guardo corazón
aunque tiré mucho.
D. ANT. (Persuasivo). ¡Juan!...
sé juicioso.
JUAN. Es que lo soy.
D. ANT. ¡Calma!
JUAN. (Con explosión). No he de ver con calma
que me pidan que dé el alma.
¡Esto sí que no lo doy!
La chispa enciende la llama...
D. ANT. Mi proposición...
JUAN. ¡Locura!
Me ofende á mí,... ofende á Pura!
D. ANT. (Con algún misterio.) ¿Sabes tú si *ella* aún
[le ama?...
JUAN. (Horrorizado.) ¡Oh!... ¿qué supone usted,
[tío?...
¡Sombra que anubla mis ojos!...
¿Presume usted...?
D. ANT. No haya enojos.
JUAN. (Agitado.) ¡La mataría, Dios mio!
D. ANT. Padre de su hija... Al fin fué
su amor primero...
JUAN. (Afectado y preocupándose.) ¡Primero!...
D. ANT. Suele ser el verdadero...
JUAN. ¡Ah, tío... cállese usted!...
Déjeme... yo se lo ruego...
¡Todo eso es falso!
D. ANT. Te engañas.
JUAN. Siento frío en mis entrañas...
y aquí en la cabeza un fuego...
¡Ah!... si yo llegase á ver
una mirada no más
de sus ojos... ¡No!... jamás...
¡Ea!... que no puede ser.
D. ANT. Ahí tu defecto.
JUAN. ¡Impíos!
D. ANT. Redentor crucificado.

JUAN. Sí, por no haber terminado
la raza de los judíos.
¡Fuera mentores ingratos
ni expansivos ni inocentes!...
¡Esos son los imprudentes!
¡esos son los insensatos!
Que callen!... Puedo exigirlo.
Será ó no mi acción honrosa;
pero al fin, Pura, es mi esposa.
¡No todos podrán decirlo!
D. ANT. Lo que á la vida privada
pertenece...
JUAN. Gran recurso!
Vamos á crear un curso
de moral clasificada.
*Privado, público*; ahí
la gran clasificación
y la santa educación
volviéndose contra mí.
Anda orgulloso un zoquete
contubernios fomentando,
y el vulgo se está callando,
y nadie con él se mete.
Vengo yo, y al indagar
mi arranque de abnegación,
empieza la apreciación
el escarnio, el murmurar,
mucha crítica y jolgorio...
Y, cual si fuese culpable,
viene el juez inapelable
con fallo condenatorio.
D. ANT. Dejemos esto.
JUAN. Sí, tío.
D. ANT. Por lo que puede pasar,
te conviene consultar
con un juez amigo mío.
Es persona concienzuda
y está de leyes nutrido.
Se le expone lo ocurrido...
JUAN. Un consejo?
D. ANT. Quién lo duda?
Por si acaso ese señor
pretende á su hija...
JUAN. No puede.
D. ANT. Creo que la ley concede
derecho...
JUAN. Está en un error.
D. ANT. Ven conmigo y lo sabrás.
JUAN. Hace tiempo que lo sé.
No obstante,... voy con usté.
D. ANT. Así de dudas saldrás.
Y si acaso quiere ver
á su hija...
JUAN. ¡No, por mi nombre!
Yo no abro la puerta al hombre
que sedujo á mi mujer!
Lo demás, ya lo veremos.

Y en último caso...
D. ANT. Qué?
JUAN. Nada, nada. Pase usté
que bien pronto lo sabremos.
(Vanse por el foro.)

## ESCENA X

LUISA y EDUARDO. (De la izquierda.)

LUISA. No te vayas.
EDUAR. Me precisa.
(Mira el reloj.) Las tres...
LUISA. ¡Quiá!
EDUAR. (Mostrándoselo.) Reloj en mano.
LUISA. ¡Qué pronto te cansa el piano!
EDUAR. Si no es que me canse, Luisa.
LUISA. ¡Qué poco amable! ¡Ay de mí!
EDUAR. Siento tener que dejarte.
LUISA. (Con ímpetu.) Tú no me amas.
EDUAR. ¡No he de amarte!
LUISA. Pero no como antes.
EDUAR. Sí.
No te haces cargo de nada.
Es mi amor tan grande y puro
como el cielo. Te lo juro
por mi madre idolatrada.
LUISA. Me lo juras... Bueno, sí.
Lo dices... para halagarme.
(Con mimo.) ¿Por qué no quieres con-
[tarme
qué es lo que ha pasado aquí?
¿Quieres tú que vaya á ver
á mi padre?... Tendrás celos?
No á papá, no. Al *otro*...
EDUAR. (Ap.) ¡Cielos!
LUISA. Quisiera hablarle... y saber
porqué mamá sufre así.
Ya ves, todo el día llora...

## ESCENA XI

LOS MISMOS, D.ª MERCEDES, (por el foro) y PURA (por la izquierda.)

D.ª MER. Niños!... ¿Solos?
EDUAR. No señora.
D.ª MER. (A Luisa.) ¿Dónde está tu madre?
PURA. Aquí.
D.ª MER. Magnífico. (En voz baja, aparte.) Oye: *él*
[viene.
PURA. (Con sorpresa.) ¿Quién?
D.ª MER. Don Lorenzo. Verás...
Un momento nada más...
Antonio á Juan entretiene...
Tan solo verla... (Se dispone á salir por el
[foro.) Yo allí
en la puerta, por si acaso.

PURA. (Vacilante.) Pero... ¡Dios mío!..... Este paso...

D.ª MER. Hazlo siquiera...

PURA. No!

D.ª MER. Sí.
¡Tonta! Le conviene hablar...
Ya ves, al fin es su padre...

PURA. ¡Justo cielo!... ¡y yo su madre!

D.ª MER. Por eso debes velar
en bien suyo. No se trata
de escrúpulos de conciencia.
Ten en cuenta que la herencia...

PURA. ¡Oro vil!

D.ª MER. Que á nadie mata.
¡Pobre señor!... Vas á ver...
Yo te quiero bien...

PURA. (Dolorosamente.) ¡Ay, tía!

D.ª MER. Lo que yo en tu caso haría,
eso mismo voy á hacer.

PURA. (Indecisa.) Eso es peligroso!

D.ª MER. Error.
Nada has de temer por eso.
Verla, hablarla y darla un beso.
¡Qué menos, pobre señor!

PURA. (Queriendo resistir.) No!...

D.ª MER. ¡Pero hija, temes?

PURA. Sí.

D.ª MER. ¡Tonta!... ¡Si yo lo he tramado
de manera... No hay cuidado.
(Vase por el foro.)

(D.ª Mercedes dirá su relación precipitadamente, demostrando una frescura sin límites, y disponiéndolo todo á su antojo.)

PURA. (Queda un instante pensativa. Luego recobra decisión y obliga á Eduardo y Luisa á irse por la izquierda.)
Luisa!... Eduardo!... Entrad ahí...

LUISA. } ¡Mamá!
EDUAR. }

PURA. (Con resolución.) Dejadme un momento.
¡Sea, pues que á Dios le plugo!
¡La víctima ante el verdugo!
No ha de conseguir su intento.

## ESCENA XII

PURA y D. LORENZO

D. LOR. (Turbado.) Señora... Yo no quisiera...
(Momentos de silencio.)
Sé que voy á importunar...
(Viéndola afligida.)
La causa de su pesar
cesara si en mi estuviera.
(Se acerca á ella.)

PURA. (Recobrando serenidad.) Caballero!...

D. LOR. Invoco á Dios...

PURA. De Él su salvación espero.
Recuerde que hay, caballero,
un abismo entre los dos.
D. LOR. Abismo que yo no abrí...
PURA. Abismo á que me arrojó!
D. LOR. Por piedad, señora...
PURA. (Rechazándole.) No!
D. LOR. Sigue usté odiándome?
PURA. Sí!
(Tras de pausa breve.) Presente un rayo
de luz
cierta noche... usté á mi lado...
un juramento prestado
por el mártir de la cruz
alentó mi corazón,
conmovió todo mi sér,
é incauta no supe ver,
tras del beso, la traición.
D. LOR. Es cierto. Mas... un deber
de familia... me obligó...
PURA. ¡El deber! ¿Quién lo cumplió
engañando á una mujer?
D. LOR. Pura!.. Mi hija...
PURA. La he guardado
con cariño, con anhelo;
como se guarda del cielo
un recuerdo venerado.
D. LOR. (Confundido). Ah!... me acordé de ella...
PURA. (Tristemente reconviniéndole). ¡Ahora?..
D. LOR. Y de tí...
PURA. (Con dignidad). Piense, al hablar,
que me debe usted tratar
cual merece una señora...
D. LOR. Cumpliera con mi deber...
diera á la mártir mi nombre...
¡Está usted unida á otro hombre!
PURA. ¡Muy digno!
D. LOR. Tal debe ser.
PURA. Como usted debió haber sido.
¿Dar su nombre?.. ¡y lo ocultó!
Si hasta en eso me engañó...
¡Dios justo, cuánto ha mentido!
D. LOR. Sin que niegue yo la ofensa,
Dios, por misterioso arcano,
dió, señora, al ser humano
para su propia defensa,
lo que á un tiempo viene á ser
hermoso, santo y terrible:
el corazón. Más sensible
que en el hombre, en la mujer.
(Apasionado). Ceguera... amor y extravío...
gracias que al verlas hechizan...
Unos ojos que electrizan...
PURA. (Conmovida). ¡Retírese usted, Dios mio!
D. LOR. Cúlpame por mi locura...
debí acallar la pasión...
Pero puede el corazón

más que la cabeza, Pura!..
Yo no soy tan criminal
como supones... ¡Sufrí!...
que no ha estado nunca en mí
hacer el mal por el mal.
Fuí torpe, y de mi locura
borrar algo ahora quisiera.
¡No tengo un sér que me quiera
y es tu hija mi hija, Pura!

PURA. Supo usted abandonarla...

D. LOR. ¡La fatalidad lo quiso!..
Vine á España... un compromiso.

PURA. ¡Y es usted capaz de amarla?
¿Sufrió usted la desazón
de ir errante y sin fortuna,
albergando en una cuna
pedazos del corazón!
y al estampar beso ardiente
en una tez sonrosada
ver la afrenta dibujada
en lo tierno, en lo inocente?...
Esto, es un martirio cruel
que usted jamás conoció.
Nunca, en su vida aspiró
esta amargura, esta hiel!
¿Y pretende usté alcanzar
este amor, este tesoro?
No!... por un puñado de oro
yo no lo he de abandonar.
Por un ángel, el suplicio
más amargo resistí.
Esto, no se compra así;
¡se lo gana el sacrificio!
(Transición.)
¡Cruel!... Sin amor, despiadado
ayer supo usted dejarla,
¿y pretende reclamarla
ahora que la he salvado?...

D. LOR. Hacerla feliz pretendo.
Mis bienes ha de heredar...

PURA. Lo puro quiere comprar,
y lo puro no lo vendo.

D. LOR. Es mi hija...

PURA. ¡La echó usté al lodo!...
¡Mía, pues la concebí!
¡mía, pues que la adquirí
dando virtud, dicha... ¡todo!
(Voces dentro.)

D. LOR. Verla siquiera...

PURA. La vió.

D. LOR. Que sepa quién es su padre...

PURA. Aquel que ha honrado á su madre:
¡no aquel que la abandonó!
(Prorrumpe en llanto.) ¡Y pude amarle?... ¡Ay
[de mí!

D. LOR. ¡Compasión!

PURA. (Con decisión.) ¡Ah!... caballero:

¡salga usted!

D. LOR. (Suplicante.) ¡Pura!...

PURA. (Rechazándole.) ¡No quiero!

(Nuevas voces y ruido de pasos dentro. Pura se acerca á la puerta del foro y retrocede asustada.)

¡Ah!... ¡Mi esposo viene aquí!...
¡Dios mío!... ¡Qué desazón!...

(Sorpresa é inquietud por parte de don Lorenzo. Llega Juan á la puerta y se detiene como hablando con álguien, sin fijarse de momento en los personajes que están en escena, según se desprende de la acción y el diálogo.)

## ESCENA XIII.

LOS MISMOS y JUAN.

JUAN. (Desde el foro.) Pues le digo á usted lo [mismo.
En esta casa, el cinismo
nunca tendrá aceptación.
¡Adios, tía! (Hace ademan de despedir á álguien y se vuelve luego, encontrándose frente á don Lorenzo.)
¡Ah!... (Procurando contenerse.) Caballero...

D. LOR. (Ap.) ¡Vive el cielo!...

PURA. (A Juan.) ¡Por favor! ..

JUAN. (Gravemente.) En el templo del honor
no cabe lo ruín y artero.
(Rechazando á su esposa.) Vete!

PURA. (Temblorosa.) No!

JUAN. ¡Vete, te digo!
(A don Lorenzo.) Nunca tolero lo aleve...
Y puesto que usted se atreve,
va á saldar cuentas conmigo.

D. LOR. Salgo...

JUAN. (Impidiéndoselo.) No saldrá de aquí,
sin decirme por qué entró.

(Cierra la puerta del foro. Pura queda llorando á la izquierda en último término.)

(Señalando á su esposa.) Esto es lo que us- [ted tiró
y lo que yo recogí.
* Expertos en el amaño,
* lleváronme como á un niño.
* ¡La máscara del cariño
* logró encubrir el engaño!
Fuí cándido, y no pensé,
vive Dios, en tal celada.
Pues que allanó mi morada,
¡vea qué merece usté!

D. LOR. Fué... por mi hija...

JUAN. ¿Su hija?...

D. LOR. Sí.

JUAN. ¿Tal derecho usté apetece?
¿Crée usted que le pertenece?

¡No! Me pertenece á mí.
La dió usté el ser con desvío...
sin anhelo, sin querer.
Yo la supe proteger!
Luego, su candor es mío.
Robando á un ángel la calma,
falso y perjuro usted fué...
¡Padre del cuerpo, es usté;
mas yo soy padre del alma!
¿Quién más digno de los dos?
¿Dónde hubo celo y ternura?...
¿De quién es esa criatura?...
¡Pregúnteselo usté á Dios!
(Se fija en Pura.)
Ah!... Ven: mírale. ¿Le ves?
tiembla. ¡Es hombre y tiene miedo!

D. LOR. ¡No!...

JUAN. (A Pura.) Verás cómo yo puedo
humillarle aquí. á tus piés!

D. LOR. (Se dirige hacia el foro.) ¡Necio!

JUAN. (Le cierra el paso.) No!... no ha de escaparse!...

PURA. ¡Juan mio!...

JUAN. ¡Así, vive el cielo!
¡Esta es tu víctima. Al suelo!...
¡De rodillas!... ¡Humillarse!!
(Le obliga á doblar la rodilla.)

## ESCENA XIV

LOS MISMOS, LUISA y EDUARDO por la izquierda. D. ANTONIO, RICARDO y D.ª MERCEDES por el foro, cuya puerta habrá abierto PURA asustada por la actitud de JUAN.

D. ANT. ¡Qué enormidad!...

RICAR. Torpe acción...
(Ricardo y D. Antonio escudan á D. Lorenzo, formando con D.ª Mercedes un grupo á la derecha.)

LUISA. (A Juan.) ¡Papá!

JUAN. (A D. Lorenzo.) ¿Ve usted como viene?...
¡Me llama padre!... Aquí tiene
la mejor demostración.
(Luisa, Pura y Eduardo quedan en primer término á la izquierda. Juan en el centro.)
¿Hablasteis de mi locura?...
Pues, fijaos: ahora empieza
castigando á la vileza.
(Cogiendo á su esposa.) ¡Ven, ven á mis brazos, Pura!
(Al grupo de la derecha.) Dejad el loco sufrir
con su suerte malhadada!...
Para que no quede nada
de vosotros, al salir,
hasta el polvo he de barrer

que aquí levantar pudisteis.
Como no me comprendisteis,
nada vuestro he de tener.
(Con ímpetu.) ¡Salid!!... dejadnos!.. La luz
de un cielo en mi amor he visto.
¡Si hasta al mismo Jesucristo
le mofaron en la cruz!
(Se disponen á salir, viendo la actitud enérgica de Juan, Ricardo, D. Antonio y D. Lorenzo.)
Del justo obtenga la palma,
y hable y cuente el vulgo nécio.
(Abrazando á Pura.) Para ellos... sólo el
[desprecio!
Y para tí... ¡toda el alma!!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

# ACTO TERCERO

Gabinete de gran lujo en casa de D. Lorenzo. Puerta al foro que conduce á la antesala; á la derecha, en primer término, una que comunica con el interior de la casa; y en segundo término otra que da acceso al jardin.

A la izquierda, en primer término, una mesa-escritorio, y en segundo término una ventana. Encima de la mesa papeles, libros, etc., y un timbre. Muebles apropiados.

Al levantarse el telón estará D. Lorenzo sentado junto al escritorio, teniendo enfrente, tambien sentados, á los dos testigos. Es de dia.

## ESCENA PRIMERA

D. LORENZO y LOS DOS TESTIGOS

D. Lor. Pueden ustedes decirle
que yo no encuentro motivo
para un lance. Esto es tan claro
que han de verlo ustedes mismos.
Test. 1.º No obstante, lo exige.
D. Lor. Pues
hace mal. Que yo no he sido
ofensor... Júzguenlo ustedes:
¿en qué he faltado á su amigo?
Pecado venial, no más,
hubo de mi parte. Pido
una cosa justa. Él niega;
pero, ¿y si yo se lo exijo?
Test. 2.º De ahí el duelo inevitable.
D. Lor. ¿Inevitable?... ¡Me rio!
¿Riñen dos, si uno no quiere?
Test. 1.º Entonces cae el ridículo...
D. Lor. ¿Sobre quién?...
Test. 1.º El que se niegue...
D. Lor. (Formalizándose.) Entiendan, señores míos,
que el acero en esta mano
juega de un modo magnífico.
Si á cobardía lo achacan...
piensan mal, y se lo afirmo.
Si otro fuese mi adversario...
Pero, ¿á qué andar con distingos
ni explicaciones?... Le dicen
que no acepto el desafío.
Sí, señor: rehuso el duelo,
y yo me sé los motivos.

TEST. 1.° El encargo es terminante
y expreso...
D. LOR. No he de admitirlo;
toda coacción rechazo.
TEST. 2.° Si nombra usted dos amigos
con los cuales...
D. LOR. Es inútil.
TEST. 1.° ¿Se resiste?
D. LOR. Me resisto.
TEST. 2.° Sin permiso de su dueño,
entró usté en el domicilio
de aquel á quien su presencia
ofende... Por tal motivo
falta una satisfacción...
(Viéndole callado.) ¿Insiste usted?...
D. LOR. Lo que he dicho.
TEST. 1.° Cumplimos nuestra misión.
Usted dispense. (Saludan y vanse por el foro.)
D. LOR. (Aparte, viéndoles salir.) ¡Al avío!

## ESCENA II

DON LORENZO

(Cavilando.) Contestación inmediata:
serenidad y energía.
Locura, no bizarría.
A un hombre así ¿quién le mata?
Lo mejor será que venga
el juez, y así... (Se sienta y escribe. Luego toca el timbre y aparece un criado.)
A su destino.
(Indeciso.) A pesar de todo, opino
que quizás no me convenga...
(Al criado, cambiando de parecer.) ¡No! Puede usted retirarse.
Entiendo que él hable recio;
mas su sangre no es el precio
de su acción. Hay que acordarse
de que todos sus cuidados
fueron por mi hija. Y su esposa...
Algo le debo, y no es cosa
de obrar tan arrebatados.
Tales armas no se esgrimen
siendo la culpa notoria.
Aún venciendo, mi victoria
¿qué sería?... Casi un crimen.
(Como adoptando una resolución.)
Fuera dudas. Mi resguardo
es la ley. Con ella venzo...

## ESCENA III

LORENZO y RICARDO (Por el foro.)

RICAR. ¿Hay permiso, don Lorenzo?
D. LOR. Adelante, don Ricardo.
¿Qué noticias trae usté?

¿Vió á don Antonio?

RICAR. Le ví.

D. LOR. ¿Le ha contado el caso?

RICAR. Sí;
con toda franqueza.

D. LOR. Y qué?

RICAR. Pues... opina lo que yo:
los hechos nos lo dirán.
«No hay que hacer caso de Juan.»
Esto es lo que respondió.

D. LOR. Pero es un loco importuno,
y temo que enardecido...

RICAR. No hay temor. Juan nunca ha sido
capaz de atentado alguno.
No: su exceso de bondad
motiva su desventura.
Su locura... es la locura
de la magnanimidad.

D. LOR. Pero parece empeñado
en cometer desatinos.
Me ha mandado sus padrinos.
Hace un rato se han marchado.
Por qué ese duelo?...

RICAR. Porque
teme su presencia ahora,
y—¡ya usted ve!—porque adora
en su misma hija de usté.
* Eso le dará una idea
* de su nobleza excesiva.
* Todo su defecto estriba
* en los absurdos que crea.
* Tiene un criterio especial;
* es honrado y optimista
* como él solo. ¡Un idealista
* que haciendo el bien obró mal!
* (Con cierta ironía.) Mas, eso es nada,
una vez
* se lleve á efecto la idea
* de que en este asunto sea
* parte principal el juez.

D. LOR. Vive el cielo, al fin soy padre
de un ángel. Cumplamos pues.
No es lógico?

RICAR. Sí. Mas... es
violento para la madre.

D. LOR. (Pensativo.) Cree usted?...

RICAR. Esa es la cuestión:
lo que dicte su conciencia.
Aquí hay que dictar sentencia
según sienta el corazón.

D. LOR. Sea: el fallo no me arredra.
Del corazón al hablar,
le puedo á usté asegurar
que no le tengo de piedra.
Por lo mismo que es así,
compadezco á esa mujer;
mas yo no puedo acceder

á que se me eche de aquí
por mandato de un demente.
¿Qué opina usted, don Ricardo?

RICAR. Tocante á ese punto, guardo
una actitud conveniente.
Hombre de ley, la cuestión
á lo previsto someto;
por lo demás, yo respeto
impulsos del corazón.
¿Valgo en la ciencia penal
y pide usted un consejo?
Lo doy. Lo demás, lo dejo
al criterio individual.

D. LOR. (Pensativo.) Si viese al juez...

RICAR. Cuando quiera:
ahora mismo en el juzgado...

D. LOR. Pero habíamos quedado...

RICAR. Sí señor, en que viniera.
Pero... ir á verle es mejor.

D. LOR. Iremos: en él confío.
Sólo Pura, amigo mio,
es la que me dá temor.
Eso aparte, me precisa...

## ESCENA IV

LOS MISMOS y EDUARDO. (Por el foro.)

EDUAR. ¿Se puede? (Entra saludando.)
(Viendo á Ricardo.) Adios, don Ricardo.

RICAR. Felices.

D. LOR. ¿Qué tal, Eduardo?

EDUAR. (Abatido.) Temo de veras por Luisa.

D. LOR. Pues ¿qué ocurre?

EDUAR. Lo previsto.
Va en aumento la demencia
y temo alguna violencia.
de ese infeliz...

D. LOR. Jesucristo!

EDUAR. Es necesario salvarla.
¡Pobre Luisa!

D. LOR. (A Ricardo.) Ve usted?... Loco:
no hay duda, no.

EDUAR. Ayer, por poco
la ahoga al querer besarla.
Convulsiones, extravío;
murmurando todo el día
á solas...

D. LOR. (A Ricardo.) Mejor sería
encerrarle, amigo mio.

RICAR. No le atañe al abogado;
corresponde al alienista.

EDUAR. En verdad que se contrista
el ánimo al ver su estado!
Maldice las leyes...

RICAR. (Sonriendo.) Sí.
Y tal vez tenga razón.

EDUAR. Es digno de compasión.
RICAR. Eso me parece á mí.
D. LOR. (A Ricardo.) Pero qué, ¿cabe dudar
de su demencia?
RICAR. No sé.
Siempre mis dudas tendré
respecto al particular.
D. LOR. (A Eduardo.) Eso del límite pasa!
Su aviso me sorprendió.
EDUAR. Ayer fuí, se sulfuró
y me arrojó de su casa.
Luisa es mi amor y mi vida;
su suerte me da cuidado.
D. LOR. (A Ricardo.) Diga el señor abogado:
¿conviene obrar?
RICAR. (Encogiendo los hombros.) En seguida.
D. LOR. (A Eduardo.) La vida le debo á usté.
¿Verdad que se aman los dos?
EDUAR. La amo, como se ama á Dios,
con toda mi alma y mi fé.
D. LOR. Y, por ser usted mi amigo,
ese hombre cambió de idea?
EDUAR. Al que amigo de usted sea
le tiene por enemigo.
D. LOR. ¿Se opone al enlace?
EDUAR. Hoy, sí.
A todos cierra las puertas...
D. LOR. Ya haremos que estén abiertas
cuando la ley llame allí.
No será el león tan fiero.
Usted me va á acompañar.
(A Ricardo, viéndole abstraído.) ¿Qué hace
[usted?
RICAR. (Volviendo de sus meditaciones.) ¿Quién, yo?
[Aguardar.
Aquí el resultado espero.
D. LOR. Está usté en su casa.
RICAR. Entiendo
que el asunto es delicado.
Ustedes, van al juzgado;
y, mientras, yo aquí escribiendo.
Es un caso extraordinario
y arreglarlo me compete.
D. LOR. (Con curiosidad.) De qué se trata?
RICAR. (Sonriendo.) Respete
el secreto del sumario.

(Vanse D. Lorenzo y Eduardo por el foro.)

## ESCENA V

RICARDO

Juan exagera, es verdad.
Pero, ¿y esa madre? Ahí
está el conflicto. Cedí
mi franqueza y mi lealtad.
Mas, entiendo que en razón

no hay que obrar aquí *ab irato.*
Juan, podrá ser insensato;
pero tiene corazón.
¡Lástima de chico!... Airado
se ha negado á recibirme.
Si hubiese querido oirme,
yo le hubiera aconsejado...
Queda un recurso: escribirle;
librarle del precipicio.
(Se sienta para escribir.)
Si me atiende y tiene juicio...
Es necesario advertirle...

## ESCENA VI

RICARDO y D. ANTONIO. (Por el foro.)

D. ANT. ¡Ricardo!
RICAR. Llega usté á tiempo.
D. ANT. ¿Solo?
RICAR. Meditando un plan.
D. ANT. ¿Y es?...
RICAR. Nada: evitar á Juan,
si puedo, otro contratiempo.
D. ANT. ¡Qué chico ese!
RICAR. Desdichado
á fe mia es su sobrino.
Y conviene andar con tino...
D. ANT. ¿Don Lorenzo?
RICAR. En el juzgado.
D. ANT. ¿Qué pretende ese señor?
RICAR. Desea legitimar
á su hija.
D. ANT. ¿Y lo va á lograr?
RICAR. Entiendo que sí.
D. ANT. Lo peor
es que estamos encendiendo
un fuego atroz, de tal modo
que va á devorarlo todo
si empezamos...
RICAR. Lo comprendo.
Sin embargo, por lo visto
Juan en sus arranques crece
y se agita, y se enfurece...
D. ANT. Lo de siempre. ¡Jesucristo!
Está loco...
RICAR. De dolor.
D. ANT. Asombran sus desatinos.
RICAR. Ha mandado sus padrinos
á don Lorenzo...
D. ANT. ¡Señor!...
¡Qué conflicto!
RICAR. (Pensativo.). Andamos mal.
¿Usted no podría ver
á Juan?
D. ANT. No quiere atender.
RICAR. ¿Le rechaza á usted?

D. ANT. Si tal.
RICAR. Lo mismo me pasa á mí;
y lo siento, pues le quiero.
D. ANT. ¿Se empeña ese caballero
en tener á su hija?
RICAR. Sí,
más que nunca. Ahora se opone
Juan á la boda de Luisa,
y ese señor se da prisa
en ver lo que el juez dispone.
D. ANT. Y usted qué opina?
RICAR. Hombre... yo...
en calidad de abogado
á la ley he consultado...
D. ANT. Pero ¿usted lo haría?
RICAR. (Vacilando un momento.) No!
D. ANT. De modo que opina usté...
RICAR. Que no marcha en línea recta.
D. ANT. Pero la ley...
RICAR. No es perfecta.
D. ANT. (Sorprendido.) Y usted lo dice?
RICAR. Sí, á fe.
Al código circunscrito,
doy al padre la razón;
mas, si atiendo al corazón,
veo en la falta un delito.
Me consultan? Yo respondo
con el código en la mano.
Interpreto liso y llano
y mi sentimiento escondo.
Jamás, y por nada tuerzo
de las leyes el sentido;
obro siempre cohibido
por la profesión que ejerzo.
¿Consultan al abogado?
Pues obro según mi nombre.
Mas, si consultan al hombre,
ya me tiene usted cambiado.
D. ANT. No entiendo esa oposición
de Juan. Con ello, qué alcanza?
RICAR. Cifra en eso su venganza,
y acaso lleve razón.
En balde se va á oponer;
mas, como aprendió á pensar,
á vivir y á legislar
como Dios le dió á entender,
se juzga padre y muy padre;
y á consentir no se atreve
que esa niña el nombre lleve
del que deshonró á la madre
que es su legítima esposa.
D. ANT. ¿Tendrá que ceder?
RICAR. Tal vez.
Si es que no dispone el juez,
ó don Lorenzo, otra cosa.
D. ANT. Y en tal caso?...
RICAR. Vencerán!...

D. ANT. Y el escándalo es probable...
RICAR. Sí, señor; inevitable
la humillación para Juan.
Hizo mal en dar su nombre,
que en materias de honradez
no se transige, pardiez.
D. ANT. Y bien, ¿qué pretende ese hombre?
RICAR. ¿Quién, don Lorenzo? Lo dicho.
D. ANT. ¿Por qué me mandó á buscar?
RICAR. Será para combinar
algo de eso.
D. ANT. ¡Qué capricho!
Es el padre...
RICAR. Sí señor.
D. ANT. Pero supo deshonrar
y habría que limitar
derechos al seductor.
La ley le ampara?
RICAR. Del todo.
D. ANT. ¿Cuenta con la impunidad?
¿No hay responsabilidad?
RICAR. No señor, de ningún modo.
D. ANT. Es inícuo, me convenzo.
RICAR. Tras la legitimación
vendrá nueva pretensión
por parte de don Lorenzo.
D. ANT. Será la crueldad notoria:
¡el ánimo me subleva!
Y ¿qué hará si se la lleva?
RICAR. Obtener una victoria.
D. ANT. No lamentara jamás,
—antes bien se lo alabara,—
que ese hombre legitimara
á esa pobre niña. Mas,
como quiere mi sobrino,
—siempre demente y porfiado,—
tener la niña á su lado,
y en adoptarla convino,
así nada se concilia:
habrá choque, ó atropello,
y andará metido en ello
el nombre de mi familia.
¿Cree usted que va á conseguir
llevarse á la chica?
RICAR. Acaso...
D. ANT. La ley le autoriza?...
RICAR. El caso
se habría de discutir.
D. ANT. No merece el hecho encomio...
RICAR. Pero pasa sin penar.
D. ANT. Y esa madre?...
RICAR. A sollozar.
D. ANT. Y el demente?...
RICAR. ¡Al manicomio!

## ESCENA VII

DICHOS y D. LORENZO (Por el foro.)

D. LOR. Arreglado.
RICAR. (A D Antonio, por lo que dice D. Lorenzo.) Lo [ve uste?
D. LOR. ¡D. Antonio! Bienvenido.
RICAR. ¿Qué ha dicho el juez?
D. LOR. Convenido.
¡A la ley me ceñiré!
(A D. Antonio.) Cuento con usted.
D. ANT. Conmigo?
¿Para qué?
D. LOR. Para *eso*...
D. ANT. Cuál?
D. LOR. He acudido al tribunal...
D. ANT. Yo... lo que pienso, lo digo.
D. LOR. Es legal...
D. ANT. Lo que usted quiera.
D. LOR. Y es oportuno también.
Al lado de un loco...
D. ANT. ¿Quién
tiene la culpa? Si fuera
mi sobrino un criminal,
obrara yo con nobleza.
Cometió una ligereza;
pero es honrado. Si tal.
Mientras tuvo usted razón,
yo se la dí y le ayudé;
pero en lo otro... ha obrado usté
con impremeditación.
D. LOR. (Sorprendido.) D. Antonio!...
RICAR. (Ap.) Firme al clavo.
D. ANT. Puede usté, á su hija, quererla;
mas no debe usté poseerla
según la conciencia.
RICAR. (Ap.) Bravo!
D. ANT. Yo condeno á mi sobrino,
sí señor, por su torpeza;
porque fué una ligereza,
ó mejor un desatino,
honrar á lo deshonrado.
Pero, no se trata ya
del insensato que dá
vanamente lo sagrado.
Se trata de que, entre todos,
obrando sin precaución
alteramos su razón
por estos ó aquellos modos.
Pura cometió un desliz,
y usté una falta. Que aflija
á entrambos, y deje á su hija
vivir tranquila y feliz.
D. LOR. Lo consulté, y—«es legal,»—
me dijeron. Yo lo acato.

En poder de un insensato
mi hija debe de estar mal.
Intento su redención
por las leyes amparado.
(A Ricardo.) Hable el señor abogado
y diga si esto es razón.

RICAR. Según el código, sí.

D. LOR. Luego el asunto es muy llano:
la ley me tiende la mano...

D. ANT. Y arma usté un conflicto así.

D. LOR, ¿He de aguantar el encono
de un hombre que me ultrajó?
(Con rencor.) Ante ustedes me humilló,
y eso no se lo perdono.

RICAR. Sólo al amor propio toca.

D. LOR. También en ello convengo.
¡Qué quiere usted!; yo le tengo.
Ya me humilla ó me provoca
y al deseo natural
de ver á mi hija se opone?...
Veremos lo que dispone
con criterio el tribunal.
Una falta cometí
que á mi honradez no hace mella.
Además, yo supe que *ella*
se había casado allí,
y no era cosa de andar
haciendo lo que hago ahora
en vida de mi señora.
¡Respeté mucho el hogar!

D. ANT. ¿Y Pura?...

D. LOR. (Con cierto desden.) Ayer me escribió
suplicándome otra vez...
La carta en poder del juez
hace un momento quedó.
Es un reconocimiento
tácito, pero expresivo...

D. ANT. Sufrirá por tal motivo.

D. LOR. ¡Vive Dios que lo lamento!
Pero, con todo, imagino
no será fuerte el pesar.
Tal vez vamos á evitar
algun nuevo desatino.

D. ANT. ¡Eso no!

D. LOR. Lo oyó Ricardo.
En un arrebato, ayer
ahoga á Luisa, á no ser
por la intervención de Eduardo.
Debo á ese jóven la vida
y pagárselo es mi intento.

D. ANT. Juan se opone al casamiento.

D. LOR. (Con mucha frescura.) Es ya cosa convenida!

D. ANT. (Ap.) Aunque tarde, el bién hagamos.
(A Ricardo.) ¿Viene usted? Obrar precisa.

RICAR. Convendría ver á Luisa.

D. ANT. Acaso lo consigamos.

RICAR. (A D. Lorenzo familiarmente.) Nos veremos.

D. Lor. Bien está.
D. Ant. Culto á lo prudente rindo.
Para hacer el bién me brindo.
D. Lor. Se agradece.
D. Ant. (A Ricardo mientras se van.) Se verá.
(Vanse por el foro.)

## ESCENA VIII

DON LORENZO

Se comprende. Oposición
algo fácil de entender.
Para cumplir un deber
no cabe vacilación.
(Toca un timbre y aparece un criado.)
El coche, ¡pero de prisa!
Evitemos desatinos,
y mande luego padrinos
el pseudo-padre de Luisa.
A España vine por esto,
y hallé á mi hija sin pensar.
Pues qué, ¿la voy á dejar
porque un ente se ha interpuesto?
Dicen que lo pude hacer
más pronto. ¡Eso es singular!
Acaso le iba á contar
tal hazaña á mi mujer?
(Como queriendo sincerarse.) A cualquiera le
[ha pasado...
El cria. Cuando el señor guste.
D. Lor. Bién.
Salgo, y en un santiamén
lo dejo todo ultimado.
Caso omiso de mentores
y á obrar por mi cuenta voy,
porque yo enemigo soy
de ilusos y redentores.
Será ó no justo el derecho...
pero es tan niña... tan bella!
No tengo más hija que ella...
¡Qué demonio, á lo hecho pecho!
(Vase por el foro.)

## ESCENA IX

El CRIADO

¿Qué le pasará al señor?
Parece que anda agitado.
(Se asoma á la ventana.)
El coche á escape ha marchado.
Buen galope. ¡Superior!
Allí viene la señora
del banquero. ¡En hora mala!
Un ratito de antesala.
Va á estar sólo media hora
según dijo. Voy á ver... (Vase por el foro.)

## ESCENA X

D.ª MERCEDES y el CRIADO

D.ª MER. Pues le aguardo, con permiso. (Se sienta.)
A fe que tenía aviso...
Un olvido.
CRIA. Puede ser.
D.ª MER. ¡Caramba con el olvido!
Casi nunca me sucede...
Soy de la familia. Puede
retirarse, sin cumplido. (Vase el criado.)

## ESCENA XI

D.ª MERCEDES

Media horita? Aunque me pese,
es conveniente y me quedo.
Además, que yo no puedo
volver... (Abanicándose y suspirando de fatiga.)
¡Ay Dios, qué Juan ese!
No hay remedio, ha de ocurrir.
Se ha vuelto tan mentecato
que, acaso, en un arrebato...
¡No se debe consentir!
La verdad es que obró mal
don Lorenzo... ¡Qué demonio,
es lo que yo digo á Antonio:
ahora, lo principal
es velar por esa chica.
Y lo que todos me han dicho:
tenerla Juan?... ¡qué capricho!
*Él* es su padre, y se explica
el cariño, aunque tardío.
La quiere, sí; no lo dudo.
Habiendo quedado viudo,
solo... Es natural. ¡Dios mio! (Voces fuera.)
(Mirando hacia el foro.) Ya está aquí?

## ESCENA XII

D.ª MERCEDES, JUAN y el CRIADO, por el foro.

EL CRIA. (Queriendo oponerse á que entre.) Digo que no está!...
JUAN. Lo veré!
EL CRIA. ¡No!
JUAN. ¡Sí!
EL CRIA. Es que yo no mando aquí.
JUAN. Pues, entonces, mando yo.
D.ª MER. (Con asombro.) ¡Jesús!
JUAN. (Viéndola.) Tía!... (Al ver que se aparta.)
¿Qué le pasa?
D.ª MER. A qué vienes?
JUAN. Ya usted vé:
vine sudando, y entré...

¡como Pedro por su casa!
(Al criado, que permanece en la puerta.) No,
¡no hacen falta testigos.
Retírese, sin temor.
Hombre, si con el señor
somos muy buenos amigos!
EL CRIA. Tengo órden...
JUAN. ¡Ríase usté
de órdenes!
EL CRIA. (Ap.) Estoy confuso.
JUAN. Dirá usted... que se interpuso...
Yo mismo se lo diré. (Vase el criado.)

## ESCENA XIII

JUAN y D.ª MERCEDES

JUAN. (Contemplando un rato en silencio á su tía.)
¡La *Gaceta!*
D.ª MER. ¡Cómo?
JUAN. Sí.
¡Excelente noticiera!
Viene á mi casa, se entera
de todo, y lo cuenta aquí.
D.ª MER. (Fingiendo extrañeza.) ¿Yo?...
JUAN. ¡Diablo!.....
¡Solos estamos.
¿A quién puedo referirme?
D.ª MER. (Ap.) Es muy capaz de agredirme...
JUAN. (Ap.) Habla sola! (Alto.) ¡Ya rezamos?
D.ª MER. Pero, ¿á qué vienes?
JUAN. A dar
á lo indigno un escarmiento,
y á cumplir un juramento
que es del caso respetar.
Y puede que estorbe usté...
D.ª MER. ¿Estorbar?...
JUAN. Sí, tía, sí.
D.ª MER. Yo no me muevo de aquí.
JUAN. En tal caso, yo me iré.
D.ª MER. Es lo mejor.
JUAN. Lo mejor?...
Está la cosa resuelta:
costará poco la vuelta
para ver á ese... señor.
D.ª MER. (Inquieta.) ¡Virgen santa!
JUAN. (Ap.) Se me antoja
que tiembla. La inspiro miedo!
(Alto.) ¿Qué hace usted, pues?
D.ª MER. Yo?... Me quedo.
JUAN. Bien, pues: usted ó yo. Escoja.
D.ª MER. Juan... tú llevas mala idea;
algún demonio te inspira...
JUAN. Yo no empleo la mentira
porque es una cosa fea.
Dije, que vengo á cumplir
un juramento no más...

D.ª MER. ¿Y qué es lo que cumplirás?
JUAN. A *él* sólo lo he de decir.
D.ª MER. ¿Algún acto de violencia?
JUAN. ¡No!
D.ª MER. ¿Armar barullo?
JUAN. Tampoco.
Aunque digan que estoy loco,
no crea usté en mi demencia.
D.ª MER. Pues, entonces...
JUAN. Muy sencillo.
Ustedes, tan dignos son
que llevan el corazón
resguardado en el bolsillo.
Yo, aunque loco soberano
y torpe de hecho ó derecho,
ni sé guardarlo en el pecho:
¡lo llevo siempre en la mano!
Y se lo voy á ofrecer
al que lo puede emplear,
porque á *él* le ha de faltar
y así lo puede tener.
He descubierto su plan...
¡un secuestro en toda regla!...
Vamos á ver si se arregla
antes de lograrlo.
D.ª MER. ¡Juan!
JUAN. De justo el falso blasone,
y mi acción de escarnio llene;
que si hay ley que me condene,
habrá un Dios que me perdone.
¿Verá usted á ese menguado?
D.ª MER. ¡Por Dios, Juan!
JUAN. Dígale usté
que he venido, y volveré...
D.ª MER. No lo intentes...
JUAN. Lo he jurado.
(Vase por el foro.)

## ESCENA XIV

DOÑA MERCEDES

¡Dios eterno, qué muchacho!
Es una calamidad.
Hay que evitar un percance...
es conveniente avisar
á Antonio, á Eduardo, que acudan,
porque esto acabará mal.
Yo que ya tenía á Luisa
dispuesta á venir... No hay más,
que vengan todos corriendo;
porque ese Juan, ese Juan!...
¡Qué cosas esos amores
volcánicos!... No tendrá
más remedio, no. ¡Quién sabe!...
Voy á ver. ¡Qué enormidad!
(Vase precipitadamente y al estar en la puerta aparece el criado.)

Diga usté al señor, que vuelvo
en seguida. Le he de hablar.
Que no haga nada sin verme,
¿eh?... ¡Por vida de San Blas!

## ESCENA XV

EL CRIADO. Luego DON LORENZO

EL CRIA. Parece que se complica
la cosa. ¿Qué diablos pasa?
Este movimiento en casa,
francamente, no se explica.
D. LOR. (Apareciendo.) Tan de prisa esa señora?
CRIA. Hace un instante...
D. LOR. La he visto
desde el coche. ¿Volverá
dentro de poco?
CRIA. Eso ha dicho.
D. LOR. Ya puede usted retirarse...
CRIA. (Ap.) Lo otro... no sé si decirlo.
¡Ni una fiera! (Vase el criado.)

## ESCENA XVI

D. LORENZO

Me parece
que al fin abriré camino.
(Se sienta y queda pensativo.)
Voy á pasar por cobarde?...
El mal menor es preciso.
Conozco de cerca el hierro:
ni me asustan enemigos
ni por estocada más
ó menos huí el peligro.
¡Si era yo un demonio suelto!
(Sonriendo.) Por unos ojos divinos,
hubiese jugado el alma
con cualquiera. ¡Poco juicio!
A los veinte años, con sangre
casi pólvora, ante un nido
de primores como Pura,
cualquier santo hace lo mismo!
Cierto que pude medir
el alcance... Mas, qué digo!...
¿Tener la razón de viejo
cuando es el alma de niño? (Breve pausa.)
Ea!... ¿por qué devanarme
los sesos? Siempre he creido
que el hombre debe tener
valor, propiamente dicho,
y conciencia de sus actos
aún para el mismo delito.
Hay en toda juventud
tanto tropiezo imprevisto!
(Queda pensativo.) La conciencia de mis
actos?...

que no la tengo imagino.
Si la tuviese, aceptara,
vive Dios, el desafío;
se cruzaran los aceros,
y con saña hundiera el mio
en el pecho de ese loco
igual que en otros lo he hundido!
(Rehaciéndose nuevamente.)
¡A lo hecho, pecho; qué diablos!
queda un recurso magnífico.
Por algo hicieron un código
los que en ello han entendido.

## ESCENA XVII

D. LORENZO, un CRIADO y luego JUAN

EL CRIA. Señor!...
D. LOR. Qué es?

EL CRIA. (Entregándosela.) Esta tarjeta.
D. LOR. (Al ver la tarjeta.) ¡Vive el cielo! ¿Qué le [has dicho?
EL CRIA. Se empeña...
D. LOR. (Desabrido.) ¡Pues vano empeño!
EL CRIA. Es que anteriormente vino...
y pasó...
D. LOR. (Con energía.) ¡No estoy en casa!
(Vase el criado.)
¿Sientes temor, pecho mío?
¡Qué porfía ese importuno! (Voces fuera.)
En mi casa... y esos gritos...
(Se dirige á la puerta cuando aparece Juan seguido del criado.)
JUAN. ¡Ya estoy en la madriguera!
(A don Lorenzo.) Fiel criado y digno, á fe.
¡Lástima que por usté
trabaje de tal manera!
Por lo visto, usté ordenó
que me impidiesen la entrada.
La órden fué respetada
por el criado; por mí, no.
Estuve hace poco aquí;
¿se lo han dicho?... Usted no estaba...
Como el tiempo me faltaba,
por no perderle, me fuí.
Sin embargo, volví presto.
(Al criado, notando que permanece en la puerta.)
Ya le dije,—¡vive Dios!—
no hace mucho, que los dos
somos... amigos. (Irónicamente á D. Lorenzo.)
¿No es esto?
D. LOR. ¡Soberbio es usté y procaz!
Allana así mi morada?
JUAN. ¡Bah!... La mia fué allanada
por usté. ¡Estamos en paz!
(Don Lorenzo hace ademán al criado para que se vaya.)

## ESCENA XVIII

DON LORENZO y JUAN

D. LOR. ¿Qué quiere usted? Acabemos.
JUAN. ¿Está usted de mal talante?
Pues lo celebro. ¡Adelante!
Así nos entenderemos.
A su nivel me coloco
sin dificultad ninguna.
¡Aproveche la fortuna
de terminar con el loco!
D. LOR. ¿Qué hice á usted?
JUAN. Nada. A mí, nada.
Mas, ¿qué importa, si en razón
me tortura el corazón
su villanía pasada?
Lo inícuo en usted se ve...
D. LOR. ¡Falso!
JUAN. No es ningun misterio
el engaño...
D. LOR. ¿Hubo adultério?
(Signo negativo de Juan.)
Luego, ¿en qué he faltado á usté?
JUAN. Pues en mucho, caballero;
y es raro si no lo vió.
La mujer á quien vejó
debe ser su juez severo.
* Y si ella, por ser mujer,
* su honor no puede vengar
* su buen nombre he de salvar;
* y usted debe comprender
* que es el mío, ¡vive Dios!;
* y el ultraje á ella inferido
* figúrese usted que ha sido
* como inferido á los dos.
D. LOR. A medias hubo el pecado.
Sin violencia...
JUAN. ¡Torpe lengua!
Mengua recojo, si hay mengua
de mi esposa en el pasado.
D. LOR. Nadie es ageno á un desliz
que no es un crímen...
JUAN. ¡Error!
¿Quiere usted crímen mayor
que engañar á una infeliz?
D. LOR. No hay motivo...
JUAN. Caballero!..
Le hay!
D. LOR. No; que, si crímen fuese,
el código prescribiese...
JUAN. La ley es un burladero
en los achaques de honor;
pues no se llegó á escribir
código para medir
el decoro y el pudor.

D. Lor. No es razón que me convenza.
Juan. Pues, aunque le sepa mal,
tienen código especial
la bondad y la vergüenza.
(Queda mirándole fijamente.)
¡Mi nombre sólo tenía
y para honrar lo cedí!
D. Lor. Lo dió usté, y me impide á mí
darlo como hoy lo daría...
Juan. ¡Habrá cinismo mayor?
¿Reparar culpas y daños,
caballero, á los quince años
de haber robado el honor...
D. Lor. Imposible antes.
Juan. ¡Cabal!
quince años sin que le aflija;
y, luego, venir por su hija.
¡Respetemos la moral! (Transición.)
Ah!... si no es porque la quiera!...
¡Ni verla sólo querría!...
Por ser suya, la echaría
de mi lado... si no fuera
porque gusto no he de dar
á un menguado como usté.
D. Lor. ¡Quién sabe si lo obtendré!...
Juan. ¡Es difícil de lograr!
D. Lor. Mi cariño...
Juan. El de la hiena!
D. Lor. Mi intención...
Juan. Provoca agravios.
D. Lor. Mis besos...
Juan. ¡Hay en sus lábios
algo impuro que envenena!
¡Cariño usted! ¿De qué suerte
concedérselo á Dios plugo?
¡El cariño del verdugo
cuando besa á un reo á muerte!
D. Lor. Atienda usted la razón
y sea más comedido;
que ni me doy por vencido
ni es que me falte tesón.
Su exigencia expuesta así,
no tiene razón ninguna...
Juan. Sí, señor; basta con una:
y es, que me conviene á mí.
Yo no debo tolerar
ofensa de más valor.
La imágen del deshonor
burlándose del pesar,
no la debo consentir,
me da furor y extravío!..
D. Lor. Advierta usted, señor mío,
que sé matar ó morir.
Juan. Hice una proposición:
marche usté y déjeme en paz.
D. Lor. Es que yo no soy capaz
de tamaña humillación...

JUAN. Entonces, sepa luchar.
D. LOR. Juro que no lo he de hacer.
No por miedo de perder,
no. ¡Por temor de ganar!
JUAN. Eso equivale á un ultraje.
¿Se cree usted fuerte?
D. LOR. ¡Fuerte!
JUAN. Pues bien, entonces... á muerte;
con una explosión salvaje
de sentimiento brutal;
hay odio, y odio se tira!...
Uno á otro... así, con ira;
que el golpe sea mortal!...
(Exasperándose.) Ojos cegados en viéndole!...
brazos nervudos que oprimen...
¡Ya he visto la cara al crímen
y he de solazarme hiriéndole!!...
D. LOR. Sea usted más razonable;
colóquese en mi lugar...
JUAN. ¡Nunca me he de colocar
en donde esté un miserable!
D. LOR. (Conteniéndose á duras penas.) Le dije, que sé morir
ó matar...
JUAN. Pues á eso vengo!...
D. LOR. Piense usted que me contengo
sólo por temor de herir!;
que, aunque usted no lo comprenda,
tengo criterio también
y no pago mal por bién
ni sigo por esa senda.
¡Si fuese usté otro!...
JUAN. ¡Altanero
y cobarde?...
D. LOR. ¡Error suicida!
JUAN. (Con ironía.) ¡Me perdona usté la vida?
Pues bien, luche. ¡No la quiero!
D. LOR. (Haciendo un esfuerzo para contenerse y persuadirle.) Hablemos. Mi culpa...
JUAN. ¡Enorme!
D. LOR. Procuremos tener calma;
que para romperse el alma
siempre hay tiempo.
JUAN. Estoy conforme.
D. LOR. Exponga su pretensión.
JUAN. Usted, ha sido un villano...
D. LOR. ¡Señor mio!...
JUAN. Liso y llano;
sin nada de afectación.
Para qué fingir?... Entre hombres
no es necesario halagarnos;
y bien podemos llamarnos
por los verdaderos nombres.
De mi esposa el desvarío
vino usted á divulgar...
D. LOR. Yo no lo pude evitar...

JUAN. Atienda usted, señor mio.
* Sea por esto ó aquello,
* el hecho se divulgó
* y el murmúrio se cebó
* en lo honrado y en lo bello.
Teniéndole cerca á usté,
recuerdo el mal de mi esposa...
veo una sombra espantosa...
pienso en lo que no pensé.
Y desciendo al arrebato,
y todos ¡nécio! me dicen:
si me quejo, me maldicen
ó me tachan de insensato;
y sufro mucho por esto,
y en querer ó amar vacilo...
¿Viví doce años tranquilo?...
¡déjeme vivir el resto!
* Ni amenazas ni consejos
* debe usted necesitar...
* ¡Cese usted de atormentar,
* y váyase léjos, léjos!

D. LOR. Mi hija...

JUAN. Yo la doy mí nombre:
véala usted; pero luego
váyase... no aguze el fuego:
¡tenga usted entrañas de hombre!

D. LOR. Voy solo...

JUAN. Yo con mi mal,
que aun es peor, ¡vive Dios!
Y voy del castigo en pos
síendo usted el criminal.
(Entre suplicante y amenazador.)
A injusta ley no dé fe
y el absurdo no le cuadre;
que no ha de ceder la madre
lo que dió á luz por usté
desgarrando lo sagrado,
muriéndose de dolor!...
(Mirándole con mezcla de desprecio y persuasión.)
¡Ceda un girón de su honor,
si algo de honor ha guardado!

D. LOR. Y mi orgullo...

JUAN. ¿Obstinación?

D. LOR. Aflija el hecho ó no aflija,
¿por qué se me niega á mi hija?

JUAN. Por sobra de corazón:
porque lo que usted reclama
me pone á mí en el delirio,
á una madre en el martirio
¡y en el escarnio á una dama!

D. LOR. (Con despecho.) Usted me humilló y sufrí
en su casa el desafuero...

JUAN. (Sin poder contenerse.) ¡Justicia fué, caballero;
y lo mismo hiciera aquí!

D. LOR. No podemos conciliar.

JUAN. Entonces, no discutir.
¿Sabe matar ó morir?
¡Yo sé morir ó matar!
D. LOR. (Procurando contenerse.) Pero...
JUAN. En mis trece me encierro
si no otorga lo que pido.
¿Vale mi súplica? Olvido.
¿No vale el ruego? ¡Pues hierro!
D. LOR. (Colérico.) Veremos quién á quién hiere.
JUAN. Mi ánimo no admite tasa.
D. LOR. (Ya fuera de sí.) Usté me ultrajó en su [casa...
JUAN. (Con ímpetu.) ¡Y en la suya, y donde fuere!
porque ya que loco soy
por culpa de un desalmado,
el premio que se ha ganado
es el premio que le doy!
D. LOR. ¡Le rechazo!
JUAN. ¡Yo también!
(Indicándoselo.) En su jardín!...
D. LOR. ¡Sí!
JUAN. Los dos...
¡sin más testigos que Dios!
(Se disponen á salir llenos de coraje cuando entra el criado.)
EL CRIA. Una señora...
(Momentos de vacilación por parte de D. Lorenzo que se habrá detenido con sorpresa.)
JUAN. (Dominándose.) Está bien.
Cumpla usted: no haya cuidado.
Salgo: pero entienda usté
que allí fuera aguardaré
á que haya usted terminado.
(Vase por el foro.)
D. LOR. (Al criado.) Que entre. (Vase el criado.)
Qué casualidad!
Quién será?...

## ESCENA XIX

D. LORENZO, JUAN y PURA

(Se oye un grito cerca, y al momento que don Lorenzo se dirige con curiosidad hacia el foro, aparecen Pura y Juan que la arrastra más bien que la lleva cogida del brazo.)
JUAN. (A Pura, sumamente agitado.) ¡No has de [mentir!
D. LOR. (Asombrado.) ¡Pura!!
PURA. (Dolorosamente y temblando.) ¡Te vas á [batir!
JUAN. ¡Ahora será verdad!
PURA. ¡Compasión!... quise salvarte!
JUAN. (A D. Lorenzo.) ¡Traición é infamia?
D. LOR. ¡No!
PURA. ¡Juan!
¡por Dios!...

JUAN. (Rechazándola violentamente y con voz ronca.)
¡Aparta!....Me dan
como deseos de ahogarte!
(Vuelve á cogerla del brazo bruscamente después de mirar á entrambos un momento.)
¡Aún le amas!
PURA. (Llorando.) No!
JUAN. Frenesí!...
¡Tu brazo ayer no tembló!
Le amas?... ¡Me deshonras!
PURA. ¡No!
JUAN. ¡Mientes!... ¿Por qué estás aquí?
¡Haces que el furor estalle:
en mi dolor te recreas:
y vienes aquí, y paseas
la deshonra por la calle?
Mira: fija en él tus ojos!
A ver... (Pura los aparta con temor.)
¿Por qué te detienes?
No viniste?... Ahí le tienes!...
(Viéndola bajar los ojos.)
¡Me encienden esos sonrojos!
(Notando un movimiento en ella.)
¡Cállate: tú no has de hablar!...
por él, por su amor caiste!...
¡Que no le amas?... ¡Si le diste
lo que no se debe dar! (Breve pausa.)
Se agita mi corazón...
Aquí en mi pecho un volcán...
¡Dicen que estoy loco!
PURA. (Suplicante.) ¡Juan!
JUAN. Al fin llevarán razón.
Sí... (Rie nerviosamente) ¡Ja, ja!... (Reponiéndose.) Mas, van á ver
la locura que prefiero.
(A D. Lorenzo.) ¡Más que nunca, caballero!
ya no hay tiempo que perder.
Podría hundirle á usté el pecho
y arrancarle el corazón:
¡aún le tengo compasión
y le concedo el derecho
de honrarse con sucumbir
á mis manos, que honran todo
cuanto tocan! De este modo
no habrá nada que decir;
nadie que ingrato me llame.
¿Deshonra sobre deshonra?...
¡Va usté á ver si vale mi honra
la sangre que se derrame!
D. LOR. (Encendido en ira.) ¡Vive el cielo!
JUAN. Firme mano,
y fiereza, y mucho encono;
porque luego no perdono!...
D. LOR. (Fuera de sí.) ¡Ni quiero!
JUAN. ¡Sería en vano!!
(Se precipitan fuera por la puerta de la izquierda que da al jardín, al mismo tiempo que entran

por el foro Luisa, D.ª Mercedes y Eduardo.)

PURA. (Intentando detenerle.) ¡Esposo mio!!... (Cae sin fuerzas.)

## ESCENA XX

PURA, LUISA, D.ª MERCEDES y EDUARDO. A poco, D. ANTONIO y RICARDO.

LUISA. (Alarmada.) ¡Mamá!
PURA. ¡Hija!... No les dejéis ir!...
Detenedle!... ¡Va á morir!
EDUAR. Qué pasa aquí?
D.ª MER. (A Pura, presumiéndolo.) ¡Juan quizá?
Fuí á tu casa: malicié...
Luisa estaba sola allí.
Como Juan estuvo aquí,
vinimos... porque pensé...
PURA. ¡Sí... mi Juan!...
D.ª MER. Mas, ¿qué ha ocurrido?
Habla...
PURA. ¡Cielos!
LUISA. (Llorando.) ¡Mamá!
PURA. (Hace un supremo esfuerzo, se levanta y coge á Luisa para llevarla consigo hacia el jardin.)
¡Ven!
D.ª MER. (Intentando detenerla.) ¡Pura!...
PURA. (Con desesperación.) ¡Dejadme!...
D.ª MER. (Deteniéndolas con la ayuda de Eduardo.) ¡Deten!
¿A dónde vas?... Dí: ¿qué ha sido?
PURA. (Con emoción.) Supe que se iba á batir...
vine aquí para salvarle,
y acabó de exasperarle
mi venida. ¡Dejadme ir!
(Intenta andar y se siente desfallecer, cayendo en el sofá.)
¡Dios mío!... Eduardo: allí fuera...
(Señalando al jardin.)
vaya usted, por caridad.
¡Que se matan de verdad
y yo no quiero que muera!...
(Eduardo se dispone á salir cuando aparecen por el foro los otros personajes.)
D.ª MER. (Viendo entrar por el foro á don Antonio y Ricardo.)
¡Por Dios!...
D. ANT. (Alarmado.) ¿Qué ocurre?
EDUAR. (A Ricardo.) Se han ido
al jardin.
RICAR. (Sorprendido y con interés.) ¿Qué es ello?
D. ANT. (A Ricardo, dirigiéndose á la derecha.) Vamos.
al momento!...
EDUAR. (Siguiéndoles.) ¡Sí, corramos!
RICAR. ¡Siempre lo había temido!
(Se dirigen los tres precipitadamente hacia la puerta indicada, cuando suenan dos detona-

ciones y se detienen perplejos. Inquietud general.)

PURA. }
LUISA. } ¡¡Ah!!

D.ª MER. (Asustada.) ¡Santo cielo!

EDUAR. ¡Qué horror!

(Espectación. Aparece Juan, lívido, las ropas algo en desórden y mirando hacia atrás. Permanece un instante en el umbral y luego se adelanta, grave y sereno.)

## ESCENA XXI

LOS MISMOS, JUAN y á poco D. LORENZO (herido, sostenido por dos criados.)

PURA. (Con emoción al ver á Juan.) ¡Oh!...

(Entra don Lorenzo á quien colocan en una butaca á la izquierda. Ricardo, don Antonio y Eduardo acuden luego á socorrerle; quedando á la derecha en primer término, las tres señoras llorando. Juan en último término.)

RICAR. (A Juan, por don Lorenzo.) ¿Herido?

JUAN. En lucha legal.

D. LOR. ¡Aire!... mi herida es mortal!...

EDUAR. (A Juan.) ¿Usté ha sido?...

JUAN. Vengador!
Mi dicha vino á robar
y echó mi buen nombre al lodo.
Sé dar nombre, y alma, y todo;
mas, también sé castigar.
(Por el grupo de la izquierda.)
En ese círculo, ahí
no entro yo, de razón pobre.
Todo el ódio que les sobre
que lo guarden para mí.
Si he sido osado ó tenaz,
cúlpese á la avilantez.
(A Pura.) ¡Al Nuevo-Mundo otra vez
y les dejamos en paz!

D. LOR. (Débilmente.) ¡Mi testamento... la herencia...
¡Mi hija... un beso!...

D. ANT. (Llamándola para que acuda.) Luisa!

JUAN. (Interponiéndose á tiempo.) ¡No!...
Sangre de un padre que hundió
no manchará á la inocencia!

EDUAR. Mi Luisa!...

JUAN. La va á encontrar:
con lo digno sé cumplir.
Así: los cuerdos, á hundir;
y los locos, á elevar!

FIN DEL DRAMA.

3 0112 117472776

# OBRAS DE S. GOMILA

## Dramáticas.

LOS SANTONES DE LEVITA.—Drama original en 3 actos y en verso. . . . . 2 pesetas.

MÁS ALLÁ DE LO DIGNO.—Id. id. id. . . . . 2 »

## Literarias.

LA RELIGIÓN Y EL CADALSO.—2.ª edición. Un folleto 32 páginas. . . . . 0'50 »

SU SEÑORIA EL HONOR.—(Agotada).

LA FE DE LAS MADRES.—Un tomo, 48 páginas. . 1 »

SOR LUZ.—Un cuaderno, 16 páginas.. . . . 0'25 »

LOS PECADORES.—Un tomo, 64 páginas. . . 1 »

¿QUÉ?.. (Líneas cortas á granel).—Un tomo de 100 páginas, con dibujos de Gomez Soler. . 1 »

DOS PECADORAS.—Un folleto, 24 páginas. . . 0'50 »

CARN Y OSSOS. (Baralla entre la vida y la mort). —Un cuaderno de 32 páginas con dibujos de Gomez Soler. . . . . 0'50 »

*Nota.*—Depósito para pedidos de ejemplares: **Cadena, 3, 3.º, 2.ª.**